A-26
T-2

RECREOS INFANTILES

COLECCIÓN DE POESÍAS,

MONÓLOGOS, DIÁLOGOS, ESCENAS Y PEQUEÑAS

COMEDIAS, DEDICADAS A LOS NIÑOS,

PARA FIESTAS DE FAMILIA O COLEGIO

POR

D.ª ELVIRA CASABLANCA

GERONA — 1914

DALMÀU CARLES & COMP.ª — EDITORES

LE-3257

Don. de los
Editores.

RECREOS INFANTILES

COLECCIÓN DE POESÍAS,

MONÓLOGOS, DIÁLOGOS, ESCENAS Y PEQUEÑAS

COMEDIAS, DEDICADAS A LOS NIÑOS,

PARA FIESTAS DE FAMILIA O COLEGIO

POR

D.ª ELVIRA CASABLANCA

PEDAGÓGICO NACIONAL MADRID

A-2.6
T-2.

GERONA — 1914

DALMÁU CARLES & COMP.ª — EDITORES

Es propiedad de los Editores

Imp. de Juan Vidal, Suc. de Vidal Hnos.; Ronda S. Pedro, 8. — Barcelona

A LOS NIÑOS

Ya sabréis, niños mios, porque vuestros padres, vuestros maestros y vuestros libros os lo habrán dicho repetidas veces, que el trabajo es una necesidad de la Naturaleza, un precepto de moral, una imperiosa ley de vida que ineludiblemente ha de cumplir el ser humano en una o en otra forma, según sean sus condiciones, aptitudes y vocación.

Pero no se han de reducir las aspiraciones a un incesante trabajo, pues esto acabaría por debilitar el organismo y apenar el ánimo; así, pues, hay que alternarlo con el descanso y el recreo, siendo éste último un gran elemento para vuestra educación física y moral.

Influyen en la educación física la gimnasia, los juegos de sport y todo ejercicio que ponga en actividad los músculos. Todos los órganos han sido creados para estar en acción, y aquél que en estado de salud permaneciera en reposo absoluto, se atrofiaría y dejaría de funcionar debidamente.

A la educación moral contribuye todo aquello que ayude a encaminar ordenadamente los sentimientos, que dé a comprender la dignidad y nobleza de la virtud, que estimule la voluntad a querer el bien y rehuir el mal, que impulse al cumplimiento del deber sin desmayo ni vacilaciones, que infunda valor y fortaleza para vencer las tentaciones y no abatirse ante las contrariedades y, finalmente, todo lo que guíe el alma hacia los altos fines para que fué creada.

Esto es lo que me propongo al ofreceros este librito. No busquéis en sus páginas bellezas literarias ni primores de estilo, porque no existen en ellas; pero si logran dar acertada orientación a vuestras aficiones, deleitar noblemente vuestro espíritu o haceros sentir los puros ideales del bien obrar, quedará cumplidamente satisfecho el objeto que al escribirlas me propuse, y compensado mi trabajo.

BREVES DATOS

ACERCA DEL ORIGEN E HISTORIA DEL TEATRO

Aunque en forma muy distinta que la que actualmente ostenta, el teatro ha existido desde remotísimos tiempos.

Grecia fué su cuna, y se ignora el nombre del que tuvo la feliz idea de las representaciones teatrales.

Al principio se improvisaban tablados en el campo, bajo emparrados, para celebrar alegres fiestas en honor de Dionisios — nombre dado por los griegos a Baco, dios de las vendimias y del vino — y a medida que se iban desarrollando aficiones literarias, se fueron construyendo edificios especiales, emplazándolos generalmente en terrenos cuyas escabrosidades facilitaran la construcción de las graderías.

En Atenas, bajo el gobierno de Licurgo, unos 340 años antes de J. C., se edificó el primer teatro con escena.

Los romanos aceptaron para sus teatros la misma forma de los de Grecia, introduciendo algunas modificaciones, siendo algunos de tan extraordinarias dimensiones que podían contener hasta 40,000 espectadores.

Las costumbres de Grecia prohibían a las mujeres la asistencia a estos espectáculos; pero Roma, con más amplitud de criterio, les reconoció este derecho, aunque reservándoles localidades separadas de las ocupadas por los hombres.

La servidumbre sólo iba para llevar almohadones a sus señores y otros objetos de comodidad; pero no les estaba permitido asistir a las representaciones.

Los actores usaban caretas que caracterizaban al personaje o figura que representaban, y por motivo de la gran distancia que los separaban del público, aumentaban las proporciones de su figura por medio de postizos y coturnos (calzado usado en la antigüedad).

En la Edad Media se celebraban con *farsas* — comedias — las grandes solemnidades de la Corte, tales como casamientos, coronaciones y otras.

La Iglesia se opuso, al principio, a las representaciones, por el carácter poco edificante que ofrecían; pero comprendiendo, después, la gran utilidad que de ellas podría sacarse, las toleró intentando dirigirlas a un fin moral.

En el teatro se perpetúan y renuevan los hechos más culminantes de la historia de todos los tiempos, y en los actores encarnan y reviven las más grandes figuras de la humanidad.

El teatro es lugar ameno y deleitoso, en donde, si no está contagiado por la depravación del gusto que impera en la mayor parte de los coliseos, se rinde culto a la literatura, al buen gusto y a la moral. Allí se analizan y estudian, en cultísima forma, los sentimientos y pasiones de los hombres; son las tablas del escenario especie de mesa de disección donde se hace — si se puede emplear esta frase — la anatomía del alma, y el talento y el arte de los actores llega a impresionar tan intensamente el corazón del público, que éste sigue con avidez las interesantes escenas que a su vista se desarrollan; se conmueve ante el heroísmo, la virtud o la desgracia, y protesta noblemente indignado de la traición, el vicio o el crimen.

Según Mme. Stael — célebre literata francesa — las representaciones teatrales influyen en el espíritu nacional casi tanto como los hechos reales, y Schiller — uno de los más famosos escritores de Alemania — dice, hablando del drama, que secunda la justicia social, y llama al teatro escuela de sabiduría práctica.

Desgraciadamente, en España el teatro serio, selecto, está atravesando una crisis vergonzosa que acredita la decadencia y perversión del gusto en el público, quien obsesionado por aficiones morbosas, concede su favor a lo chabacano y grotesco, despreciando las sublimes y delicadas bellezas del arte.

Según las estadísticas, actualmente existen en Europa 1,597 teatros. De ellos hay en Italia, 348; en Francia, 337; en Alemania, 193; en España, 160; en Austria, 143, y en Rusia, 84.

En los Estados Unidos hay 3,240, y en Londres hay nada menos que 600 locales destinados a espectáculos públicos.

POESÍAS

FLORES PARA LA VIRGEN

Como cumple al alma fiel,
vengo aquí, Madre querida,
a depositar, rendida,
de flores todo un vergel.
Queden yermos los jardines;
venid con las manos llenas
de jacintos y azucenas,
de madreselva y jazmines.
Cúbrase tu altar de flores;
flores formen tu dosel,
y la rosa y el clavel
te obsequien con sus olores.
Para tan alto destino
Dios las más bellas creó,
y un soplo tuyo les dió
su perfume peregrino.
De flores te ofrece, pues,
mi amor puro y reverente,
corona para tu frente,
alfombra para tus pies.
También con flores tejiera
dulce cadena de amor,
que con amante rigor
a tu corazón me uniera.
Y con mística alegría
de lindas flores formara,
escala que me llevara
a tus brazos, Madre mía.

¡SIN FLORES! (1)

Vengo triste ante tu altar;
pues, aunque corrí afanosa,
no he encontrado ni una rosa...,
ni un clavel..., ni un alelí.
Eso causa el duelo mío;
mira mis manos vacías...
¿Qué te daré, Madre mía,
que sea digno de ti?
Nada tiene mi pobreza;
nada descubren mis ojos;
pero postrada de hinojos
puedo ofrecerte mi amor,
y un beso también; ¿lo quieres?
Mi corazón te lo envía...
recíbelo, Madre mía,

(Le envía un beso con la mano.)

como mi ofrenda mejor.

CONCIENCIA TRANQUILA

Contento en mi vivir nada me inquieta;
en perfecto equilibrio mi razón
y en paz con mi conciencia, nada turba
ni agita el corazón.
Feliz al despertar, mi alma creyente
eleva al cielo férvida oración,
y dichosa, serena, confiada,
goza la luz del sol.

(1) Esta poesía está destinada a niñas pequeñitas.

Al trabajo me entrego satisfecho,
que es el trabajo ley que Dios dictó,
y son sus frutos gratos y sabrosos,
frutos de bendición.
El pan de cada día como alegre;
con el pobre comparto mi ración,
y con el triste, las venturas mías,
y lloro su dolor.
Ni el innoble placer de la venganza,
ni la vil avaricia, ni el rencor,
ni la ambición, ni la mezquina envidia
me hincaron su aguijón.
Y al cubrirse la tierra de tinieblas
que del alma proterva espanto son,
halla mi cuerpo plácido descanso
y sueño bienhechor.
Reniegue sin cesar de hombres y cosas
el infeliz de insano corazón,
que yo consagro a Dios y a sus criaturas
perpetuo himno de amor.

REMORDIMIENTO

Huye, conciencia, de mí;
no me turben tus clamores;
devuélvanme tus rigores
el sosiego que perdí.
Con satánica crueldad
te gozas en mi tormento:
me das hiel por alimento;
negruras, por claridad.
¡Siempre un roedor en mi alma
que roba paz a mis días
y anula mis alegrías
y me da noches sin calma!

Fuí libre para escoger
la senda del bien o el mal,
y con instinto brutal
al mal me di con placer.
¿Pues, cómo mi voluntad,
entonces tan poderosa,
ahora vacila medrosa
entre dudas y ansiedad?
¿Por qué, si tuve valor
para faltar al deber,
ahora se agita mi ser
en congojoso temor?

. . . . . .

Vete, sombra, que de abrojos
has coronado mi frente;
ven a cerrar blandamente,
piadoso sueño, mis ojos.
Cesa, voz abrumadora
que, como monstruo insaciable,
del desgraciado culpable
contento y salud devoras.
El que, insensato, en el mal
hallar dichas imagina,
sólo encuentra su ruina
irremediable y fatal.
Que es el mal la fría tumba
donde, en su seno medroso,
del alma el dulce reposo
y santa paz se derrumba.

EFICACIA DEL ESTUDIO

Anhelos de saber y de cultura,
constancia, voluntad y fe en sí mismo,
si aúnan sus afanes y ambiciones
pueden hacer coloso al débil niño.

Los altos fines del tenaz estudio,
los frutos que prometen su cultivo,
truecan rudas fatigas en descanso
y en recreo y placer el sacrificio.

Escuelas y Ateneos son los campos
donde librarse pueden sin peligro,
heroicas luchas que a los pueblos hacen
grandes y fuertes, prósperos y dignos.

Libros y plumas, las potentes armas
que deben esgrimir pobres y ricos,
haciendo cruda guerra a la ignorancia,
fecunda madre de miseria y vicios.

Con tan noble labor se honra a la patria
y se engrandecen a la vez sus hijos,
que podrán murmurar cuando recuerden
lo mucho que le deben a los libros:

«Feliz y libre soy, pues que me siento
satisfecho y seguro de mí mismo.
Del yugo vil que al ignorante abruma
la virtud del saber me ha redimido.»

AMOR A LA PATRIA

Es la patria un ideal
sublimemente sentido;
el regazo maternal
que adora el alma leal
de aquél que en él ha nacido.
Sentimiento misterioso
de poder tan superior,
que hace al tímido animoso,
y al espíritu medroso
infunde audacia y valor.
Amor que infiltra en el ser
la primera luz que hiere
sus pupilas al nacer;
amor que, al envejecer,
más intensa vida adquiere.
Es la blanda suavidad
y la placidez del nido;
es la augusta majestad
y suprema santidad
del templo a Dios erigido.
Es arrullo placentero
de la amorosa paloma,
o bien rugido altanero
de león soberbio y fiero
cuya altivez nadie doma.

. . . . . .

¡Oh, Iberia de mis amores!
Al ver los vivos colores
de tu gloriosa bandera,
mi sangre agita y altera
desconocidos ardores.
Así, el héroe, patria mía,
por ti su sangre al verter,
ve en hora aciaga y sombría
de su doliente agonía
clarores de amanecer.

Si bajo tu sol ardiente
se ha iluminado mi frente
con la luz de la razón,
se honre, honrándote, mi mente
y amándote, el corazón.
¡Brisa que meció mi cuna!
¡Sol que calientas mi hogar!...
¡Quiera, ¡oh patria!, mi fortuna,
que los rayos de tu luna
vayan mi tumba a besar!

INGRATITUD

La dorada jaulita
de mi jilguero,
¡qué sola está! y en vano
gozarla espero.
¡Jilguero mío!
No volverá a alegrarme
tu dulce pío.
De tu canto armonioso
la melodía,
gozoso me anunciaba
la luz del día,
y la mañana
saludaba contigo
cantando ufana.
¿Por qué ingrato te fuiste
del lado mío?
¿Quién podrá en adelante
templar tu frío?
¿Qué tierna mano
llevará a tu piquito
dorado grano?

No agitará tus plumas
el blando beso
que yo depositaba
con embeleso;
ni de tus alas
mirarán con arrobo
las ricas galas.
Ven, pajarito mío,
que yo te quiero;
ven, que sin ti estoy triste;
ven, que me muero;
ven, que entretanto
que no cantes conmigo,
tampoco canto.

EL EXPLORADOR

A los riesgos avezado,
el peligro no me arredra,
que con el peligro medra
el esfuerzo y el valor.
Con ánimo decidido
y varonil ardimiento,
marchar adelante intento
haciendo a mi lema honor.
Del invierno las heladas
y de julio los ardores,
saben los exploradores
impávidos resistir.
Y al descender al abismo
o al escalar una altura,
no se altera ni apresura
del corazón el latir.
Porque entre nosotros es
aspiración soberana,
en cuerpo sano alma sana
para cumplir con honor.

Así, pues, quien no lo tenga
adquiera, al par que salud,
el valor de la virtud
y la virtud del valor.
Y si crece vigoroso
y jovial y satisfecho,
ha de ser noble su pecho;
su brazo, fuerte y audaz;
que una sangre sana y rica
y una moral pura y recta,
da al cuerpo salud perfecta,
y al alma, dichosa paz.

. . . . . .

La razón y la justicia
donde estén, respete y ame;
siempre mi labio proclame
la bondad y la virtud.
Siempre mi mano se tienda
en auxilio del caído,
y socorra al desvalido
con tierna solicitud.
Encarne y viva en nosotros
el alma noble y bravía,
la pujanza, la hidalguía
de aquel manchego inmortal.
Resurjamos del pasado
brillantes hechos de gloria;
enriquezca nuestra historia
el *tesoro* nacional.
Y cuando a cabo llevemos
alguna empresa gloriosa,
murmure España, orgullosa
de nuestro arrojo y valor:
«Lo natural no sorprende
»ni a nadie tal hecho extraña:
»¡que es natural esta hazaña
»en almas de explorador!»

MONÓLOGOS

Y

DIÁLOGOS

EL HUERFANITO

(MONÓLOGO PARA NIÑO O NIÑA DE POCA EDAD)

Yo también en otro tiempo
tuve una madre querida,
que pan y calor me daba
y consuelos y caricias.
Cuando llegaba la noche,
a su lado, de rodillas,
el nombre santo de Dios
pronunciaba y bendecía,
y estrechado entre sus brazos,
blandamente me dormía.

(Con pena.)

Pero una vez, muy quedito,
con voz que apenas se oía,
me dijo muy tristemente:
«Dios me llama, prenda mía,
y es fuerza que te abandone...»
¿Vendrás pronto, madrecita?
le contesté, y me abrazaba
siempre con la vista fija
en mí, y tan tristes eran,
tan ansiosas, sus caricias,
y era su cara tan blanca,
y eran sus manos tan frías,
que mi corazón medroso
y acongojado gemía.
«Adiós, mi bien; tu niñez
sola queda y desvalida,
dijo luego; mas sé bueno
y piensa en mí. Quien no olvida
a su madre y teme a Dios
halla paz, si no halla dicha.

En tus dudas y congojas,
en tus duelos y fatigas,
no desesperes, mi amor;
busca a Dios, mira hacia arriba,
que de allí viene el consuelo
que los dolores mitiga,
y la esperanza que alienta
y la fe que fortifica.»

(Con profunda tristeza y después de una pausa.)

Y ya nada más me dijo.
Después se quedó dormida,
y yo queriendo sus manos
calentar entre las mías,
las cogía, las besaba.

(Alzando la voz.)

Despiértate, madrecita,
le gritaba, que estoy solo...;
mas siempre... siempre dormía...

(Pausa y más tristemente todavía.)

¡Nunca más la he vuelto a ver...!
¡Qué triste y sola es mi vida!
¡Cuánto miedo hay en mis noches!
¡Cuánto cansancio en mis días!

(Adelantándose y dirigiéndose al público.)

Vosotros, niños felices,
los que gozáis las caricias
dulcísimas de una madre
que ríe con vuestras risas
y llora vuestros pesares
y en sus brazos os abriga...,
tened compasión del huérfano
que su triste pan mendiga,
y dádselo con amor
cuando doliente os lo pida.

EL VIENTO, EL AGUA
Y LA VERGÜENZA

(Fábula en acción)

VIENTO

—Conque, adiós, amigas mías;
(Despidiéndose afectuosamente de una y otra.)
que aunque el dejaros me apena,
he de cumplir sin tardanza
la misión que me impusiera
la voluntad soberana
que rige cielos y tierra.
Mas antes de separarme
de vuestro lado, quisiera
saber si os halláis conformes
con realizar la promesa
que hemos hecho, de reunirnos
en determinada fecha,
para jurarnos de nuevo
amistad leal y eterna.

AGUA

—Es mi afecto invariable;
con él y conmigo cuenta,
Viento amigo, y a la cita
acudiré con presteza,
a no ser que me lo impida
alguna razón suprema.

VIENTO

—Muy bien, Agua. ¡Qué alegría
me produce tu respuesta!
¿Y qué deberé esperar
de ti, amiga Vergüenza?

VERGÜENZA

— ¿De mí? Cuando tú quisieres
puedes señalar la fecha,
que, en mi deseo de veros,
pienso acudir la primera.

AGUA

— ¡Muy bien dicho! En esa forma
la buena amistad se expresa.

VIENTO

— Es verdad, pero deseo
exponeros una idea.

AGUA

— Tú dirás.

VIENTO

— Si puntual
a la cita no acudiera,
no os forjéis calamidades
ni maliciosas sospechas;
pues bien sabéis que mis actos
no soy yo quien los ordena.

VERGÜENZA

(Muy contrariada.)

— ¡Qué disgusto!

AGUA

(Muy contrariada.)

— Sí, sería
lamentable coincidencia.

VIENTO

— Mas todo tiene remedio
si la voluntad es buena.

(Agua y Vergüenza escuchan con viva atención.)

Si no me hallareis en playa,
valle, colina o ladera,
buscadme en sitio elevado;
escalad las altas crestas
de los montes, que de fijo
allí siempre el Viento reina.

VERGÜENZA

(A Agua.)

— Así lo haremos, ¿no es cierto?

AGUA

— No hay que dudarlo siquiera.

VIENTO

(Con mucha expresión.)

— ¡Oh, gracias! de vuestro afecto
me enorgullece esta prueba.

AGUA

— Yo cuento que sin trabajo
me halléis donde se convenga;
mas si acaso, por razones,
a mi voluntad ajenas
no estuviere, en las entrañas,
me encontraréis, de la tierra.
Si ahondando un poco no diere
señales de mi presencia,
que no desmayéis os ruego;

(Viento y Vergüenza manifiestan en su actitud hacerlo así.)

cavad, cavad con firmeza,
porque allí está mi morada
fija, inmutable y perpetua.

VIENTO

— Así se hará.

VERGÜENZA

— Amiga mía,

trabajaremos sin tregua
hasta encontrarte.

AGUA

— En vosotras
fío y en vuestra promesa.

VERGÜENZA

(Con desaliento.)

— Vosotras, como a elementos,
sólo os dirige y gobierna
la justa, ordenada y sabia
ley de la naturaleza;
mas yo que entre los humanos
aliento y tengo existencia,
nada puedo asegurar...;
pero... os haré una advertencia.

VIENTO Y AGUA

— ¿Cuál?
¿Qué es ello?

VERGÜENZA

— Mi palabra
formal, empeñada queda,
de que acudiré a la cita
en cuanto de mí dependa;
que es mi afecto invariable
y mi amistad no se quiebra;
mas si pronto a vuestro lado
no advirtiereis mi presencia;
si me llamareis y en breve
a vuestra voz no acudiera...,
no me busquéis, desistid
de hallarme, que la vergüenza

(Con mucha expresión.)

el que una vez la ha perdido
en ningún sitio la encuentra.

Los niños que representen esta fábula deben procurar animar el diálogo acompañándolo de una acción expresiva.

ERROR COMPRENDIDO

(Diálogo para niños o niñas)

LUISA se dirige a la iglesia llevando un ramo de flores en la mano. Habla en la calle con su amiga JULIA

JULIA

—No seas terca, amiga mía;
cede por hoy a mis ruegos,
y deja de ir a la iglesia
para venir a paseo.

LUISA

—No insistas, que aunque quisiera
acompañarte, no debo
posponer mi devoción
al capricho ni al deseo.
En este mes a la Virgen
llevarle mi ofrenda quiero
de mi amor: flores y preces,
cuanto soy y cuanto tengo.

JULIA

—¡Está tan hermoso el campo!...
¡tan florido, tan ameno!

LUISA

—Lo creo.

JULIA

—Por todas partes
y no a docenas ni a cientos,
¡a miles! brotan las flores
dando a la vista contento.
Infinitos pajarillos
lanzan sus trinos al viento,
y éste se inunda de aromas
y de luz y de contento...

LUISA

— ¿Acaso no hay en la iglesia
lindas flores con exceso,
y sublimes armonías
que eleva el alma a los cielos?

JULIA

— Sí, pero está muy oscura...

LUISA

— ¡Oscura! No digas eso:
¿y las mil luces que arden
de la Virgen en obsequio,
cual satélites humildes
en torno de astro más bello?
Créeme, querida, en la iglesia
nada falta a mi deseo,
que hallo allí satisfacción
a mis más dulces anhelos.

MUSEO DE BELLAS ARTES Y ARQUEOLOGÍA MADRID

JULIA

— Sí, también a mí me gusta...

LUISA

— Te gusta... pero de lejos.

JULIA

— Como a ti el campo.

LUISA

— No hay tal;
es el campo mi embeleso,
y no hallo nada que tanto
me guste después del templo;
que en el campo admiro yo
de Dios el poder inmenso.

JULIA

— Vete, pues, a sumergirte
en tus monótonos rezos,
y reza por ti y por mí.

LUISA

—Sí, lo haré.

JULIA

—Yo jugar quiero
por las dos, a ver de entrambas
cual saca mejor provecho.

LUISA

—Eso, según; más favor
le concedes tú a tu cuerpo;
mas yo le doy a mi alma
con la oración alimento,
y así cumplo mi deber,
que es el alma lo primero.

JULIA

—¿Aunque el cuerpo enferme?

LUISA

—Sí.

JULIA

—¿Aunque muera?

LUISA

—Sí. ¿Qué es ello
si el alma vive feliz
en los espacios etéreos?
(Óyese el toque de una campana.)
Mas, adiós; esa campana
me avisa que acudir debo
a la iglesia.

JULIA

(Muy pensativa.)

—Adiós; no olvides
el encargo que te he hecho.

LUISA

(Alejándose.)

—No lo olvido, no.

JULIA

(Sola y muy preocupada.)

—¿Por qué
hoy el juego no me incita?
¿qué lo impide? ¿quién evita
que alegre al juego me dé?
Retozo y ambiente puro
mi sangre inquieta reclama...;
mas a la iglesia me llama
ese bronce grave y duro.

(Por la campana que ha seguido tocando.)

Al rezo el placer prefiero;
mas quiere el alma oración;
y es ésta mi obligación
si es el alma lo primero.
¿Será, en verdad, de la vida
otro el objeto y el fin,
que la risa y el festín
y los juegos sin medida?

(Ligera pausa en que parece meditar.)

Sí será; porque aun en medio
de la más loca alegría,
el espíritu se hastía
y el corazón siente tedio.

(Con convicción.)

Sí, sí, le falta el encanto
sublime de la oración,
que es la paz del corazón
y consuelo en el quebranto.
Mas ya que lo comprendí,
vamos pronto, que aunque es tarde,

(Con mucha expresión y dando a su última frase una segunda intención.)

si la fe en mi pecho arde...,
aún es tiempo para mí.

DESOBEDIENCIA

(Monólogo para niños o niñas de poca edad)

La escena representa un comedor o habitación cualquiera, en donde, sobre un aparador o mueble de otra clase, habrá un frasco de cristal con guindas o cosa que lo parezca.

El niño que lo recite ha de acompañar muy expresivamente con la acción todo lo que va indicando el monólogo.

Mamá me encargó al irse,
poniéndose muy seria,
no tocar este frasco
ni mirarlo siquiera.
No puedo comprender
capricho tan extraño;
¿acaso con mi vista
le puedo causar daño?
Lo cojo despacito,
lo miro muy atento
por uno y otro lado...
y quedo tan contento.
¡Qué hermosa transparencia
y qué lindo color!
Qué agradable, de fijo,
será también su olor!
Guindas en aguardiente
creo que deben ser,
pues así lo decía
la cocinera ayer.
¿A ver? la tapadera
algo flojilla está;
la arreglaré; no tenga
un disgusto mamá.
Muy bien..., ¡uy! que tufillo
sube tan seductor:
¿son guindas o son flores,
almíbar o licor?

Una... tan sólo una
me atreveré a probar,
que una sola no es cosa
que se vaya a notar.
Tres salieron, ¡diantre!
Con estas dos, ¿qué haré?.
Ya que están fuera, es claro
que comerlas tendré:
mas mi estómago avaro
no atiende a la razón,
y gruñendo me exige
más crecida ración.

(Pausa.)

Al darle gusto, bien

(Habla y come al mismo tiempo.)

conozco que me obligo
a sufrir resignado
algún duro castigo;
pero soy tolerante
y cedo a mi pesar;
¡ya dicen que del bueno
todos han de abusar!
Ahora es justo un traguito,
que la boca se seca,
y por calmar la sed
creo que no se peca.
¡Ay Dios! que ya da fin;
¿pero, qué pudo ser?
Nada, nada, es preciso
a mamá obedecer.
Dejémoslo en su sitio...;
mas... ¿qué es lo que me pasa,

(Va a colocarlo y se tambalea.)

que me caigo y parece
que se mueve la casa?

(Corta pausa en que da muestras de malestar.)

Ahora se me ocurre
que lo mejor sería
el acabar con ellas,

y así mi picardía
tal vez no se notara.

(Apura el trasco.)

¡Ajá! Ya se acabó;
ni una queda de muestra...;
mas me pregunto yo:
¿en dónde esconderé
este chisme maldito,
el que a papá diría
el cuerpo del delito?

(Vacila, habla torpemente y se ríe con la estúpida risa de la embriaguez.)

No sé... si yo pudiera
comérmelo también...;
pero... yo estoy muy malo;
¡ay, qué angustias! ¿A quién
llamar en mi socorro
que no sepa mi acción?

(Se pasa la mano por la frente, y cada vez demuestra sentirse peor.)

El frasco... desde luego,
lo echo por el balcón.

(Lo tira sin acercarse, y luego se asoma a la reja andando trabajosamente.)

¡Ay Dios! pero, ¿qué hice?
A mi madre querida

(Mirando hacia fuera y retrocediendo con espanto y sin poder sostenerse.)

estoy viendo en la calle
con la cabeza herida.

(Con exaltado desvarío, y agarrándose para no caer.)

Yo fuí, madre, yo fuí,
el que brutal te hirió.
¡Tu sangre... madre... mía...
mi mano... derramó!

(Las últimas palabras las pronuncia más lentamente y con gran trabajo, cayendo al suelo, donde queda dormido.)

REGALO DE REYES

(Monólogo)

Un niño pobremente vestido se halla en una calle o plaza de una ciudad.

(Respirando con satisfacción.)

Estoy libre, y me parece
imposible, aunque lo veo.

(Al público.)

¿Que qué pasó? Trataré
de referir el suceso.

(Ligera pausa.)

Mi miseria y desamparo
socorren desde hace tiempo,
de una niña... no, de un ángel
la caridad y el afecto.
Es linda como una flor;
es buena como el pan tierno
cuando hay hambre, y, por desgracia,
yo a todas horas la tengo.
Las monedas que recibo
de sus manos, las venero
como reliquia de santo,
y al recibirlas las beso
y las guardo, sin que nunca
les diera ningún empleo.
¿En qué había de gastarlas?
¿En comer tal vez? No quiero;
después de todo, es igual
un hambre de más o menos.
¿En fumar? Eso será
cuando llegue a caballero.
¿Las daría de limosna
el pobre golfillo hambriento?

No puede ser; ¡ay! ¡qué risa
me da de pensar en esto...
Pero en fin..., piensa que piensa
y dando al magín tormento,
hallé para mi tesoro
cabal y cumplido objeto.
(Ligera pausa y cambiando de tono.)
Compré una paloma blanca
como la nieve, y al cuello
le puse de hermosa cinta,
un lazo color de cielo.
Esperé luego la noche
del día cinco de enero,
y fuíme a rondar la casa
de la que es mi ángel bueno.
La vi salir al balcón,
y con cuidado, en el suelo
colocar su zapatito...
Entonces, en un momento
de soledad y quietud,
empecé a subir ligero
como un mono, por las rejas...
Ya iba a llegar... ¡qué jadeos!
¡qué fatigas y sudores!
¡Ya pude alcanzar los hierros
del balcón... y el zapatito...;
pero... ¡zas!... me vió el sereno....
me dió el alto..., tocó el pito...,
y los guardias acudieron...
y bajé... y me registraron...
y mi paloma cogieron...
No la robé, les decía;
la compré con mi dinero,
y dejarla en el balcón
era todo mi deseo.
Por eso escalé las rejas...;
pero ¡ca!... no me creyeron:
¿va a hacer regalos de Reyes
el pobre golfillo hambriento?

Al cabo, en el cuartelillo
descanso hallaron mis huesos,
y allí lloré mi paloma
y el fracaso de mi obsequio;
pero velaba por mí
aquéila que es mi ángel bueno.
Cuando fueron a enterar
a su padre, del suceso,
presurosa fué a buscarme,
y me ofreció sus consuelos...
¡y tres relucientes duros!
que en el bolsillo los tengo;
mas... no me atrevo a sacarlos,
¡canastos!, porque me temo
que si los ven, se figuren
que he robado este dinero.

(Con energía.)

¡Y no lo robé, señores!;
pueden ustedes creerlo;
me lo regaló la niña
que es buena como el pan tierno
y linda como una flor;
aquélla que es mi ángel bueno;
¡pero regalos de Reyes...
un golfo no puede hacerlos!

FILOSOFÍA INFANTIL

(Monólogo representable para niñas pequeñas)

Mañana al fin es mi día.
Si no lo recuerdo mal,
un año justo y cabal
lo he esperado; ¡qué alegría!

Me traerán mil baratijas;
de juguetes... un derroche,
y dulces a troche y moche,
y pendientes, y sortijas...
Una muñeca quisiera
grande... grande aun más que yo;
mas... poco a poco... que no
me conviene que así sea.

(Al público.)

¿Que por qué? Pues la razón
no puede ser más sencilla:
como soy una chiquilla,
debo por obligación
respetar y obedecer
a quien mayor que yo sea,
y no me agrada la idea
de que llegue a suceder
el tener que respetar
a mi muñeca: ¡eso no!

(Con brío.)

¡Pues apenas tengo yo
también ganas de mandar!

(Pequeña pausa y cambiando de tono, simulando un diálogo.)

Empieza el día: «Holgazana,
vamos prontito a vestir».
¿Y por qué, si de dormir
es de lo que tengo gana?
Llega la noche: «A acostar;
ves a la cama, mi dueño».
¡Pero si no tengo sueño!...
¡Si lo que quiero es jugar!...
«Mira nena, hoy no estás buena;
no sales, no comes hoy».
Y aunque muerta de hambre estoy,
¡ha de aguantarse la nena!
Pero a más de esto, ¡señores!,
les fastidian a los niños

las sandeces y cariños
de las personas mayores.
Que viene un señor baboso
molesto como un mosquito:

(Imitando la voz de un viejo.)

«Ven, niña, dame un besito.
¡Qué pimpollo más hermoso!
¿Y serás muy aplicada,
sabrás leer y bordar?...»

(Con viveza.)

Y sé escribir y contar
y sé Historia...
«¡Oh!, ¡qué monada!
Pues, cuántas son, me dirás
seis por seis.»

(Simulando un aparte.)

¡Qué impertinente!
Eso es fácil: ciento veinte
poco menos, poco más...
«¡Bravo!, ¡muy bien!, je..., je..., je...!
¿Qué más sabe la muñeca?»
Que se llamaba... ¡Babieca!...
el caballo de Noé.
«Je..., je...; te doy al instante
nota de sobresaliente.»

(Aparte.)

Y yo a V., solemnemente,
nota de sobrecargante.

(Cambiando de tono.)

En fin, que quiero mandar;
que ser niña me da horror;
que quisiera ser mayor;
ser mujer..., ¡pero jugar!

DOS CONSEJOS

(Monólogo para niño)

Felipe, mi compañero
de colegio, más querido,
más travieso y holgazán,
más valiente y atrevido,
me dijo ayer que esta tarde
íbamos a hacer novillos
y a divertirnos en grande;
que vendiéramos los libros
para hacer una merienda...
¡y qué sé yo lo que dijo!
Acepté muy satisfecho...;
pero al hacerlo vacilo,
pues si es verdad que resulta
fastidioso y aburrido
el estar siempre estudiando,
el hacer siempre lo mismo,
me hacen dudar las dos voces
que murmuran a mi oído.
Una de ellas brusca y seca,
que no sé porque da frío,
me dice: «No seas cobarde;
»ve a jugar con los amigos
»y a gozar y a divertirte
»porque esto es lo positivo.
»El que es bueno se fastidia,
»lo mismo grandes que chicos;
»esclavo de todo el mundo
»y hasta esclavo de sí mismo,
»sufre y calla como idiota
»siempre y de todos vencido.

»El ser bueno es de cobarde,
»de espíritus enfermizos.
»Tú eres valiente, animoso,
»conque, echa a un lado remilgos;
»disfruta del sol y el aire,
»de saludable ejercicio,
»y dale a tu cuerpo el gusto
»que está reclamando a gritos.»

(Pausa.)

Esto me aconseja, y quedo
plenamente convencido
de sus razones, que a veces
he observado yo mismo
como del bueno se burlan,
y es respetado y temido

(Con decisión.)

el que es malo. Pues trabaje
y estudie aquel que ha nacido
necio y cobarde. Yo, listo,
esforzado y animoso,

(Con coraje.)

¡me rebelo, me emancipo!

(Al público.)

(Así creo que se dice.)
Y desde este instante mismo
quiero ser libre; ¡a correr!,
que ya me espera mi amigo.

. . . . . .

(Después de una pausa.)

Voy a hacerlo...; mas al punto
otra voz habla a mi oído:
una voz arrulladora,
triste, dulce como un mimo,
que alarmada me pregunta:
«¿Adónde vas, hijo mío?
»A tu perdición segura,
»a correr en pos del vicio,
»de la miseria, del crimen,

»que por un mismo camino
»llegarás a todo esto
»siguiendo ese mal instinto.
»El mal te arrastra, que tiene
»poderosos atractivos,
»y se precisa valor
»para saber resistirlos.
»El débil cae fácilmente;
»pero el fuerte, el noble, el digno,
»lucha y vence, dominando
»tentaciones y peligros.
»Y no es cobarde, es un héroe
»quien, despreciando el juicio
»de los malos y los necios,
»y rechazando malignos
»consejos y sugestiones,
»no se aparta del camino
»del bien, y del que es la gloria
»término seguro y fijo.

(Con mucha expresión.)

»Si en lucha entre el bien y el mal
»tu ánimo se halla indeciso,
»piensa en Dios, piensa en tus padres
»y piensa, querido niño,
»que no hay dicha comparable
»a la del deber cumplido.»

(Pausa.)

¡Y tiene razón!...; ¿quién duda
que más valor necesito
para marchar al colegio
que a jugar con los amigos?

(Pausa.)

Vamos a cuentas: si hago
lo que la otra voz me dijo,
obro mal; si atiendo a ésta,
obro bien...; ¡mas me fastidio!
¿Por cuál de los dos consejos,
vamos a ver, me decido?

(Después de un rato de vacilación.)

Por el segundo, no hay duda;
esto es lo noble, lo digno...;
¡qué lástima, que no fuera
lo cómodo y divertido!
En fin, quien quiera que seas,
voz segunda, a ti te sigo;
tú ganaste; tu dulzura,
tus razones, tu cariño
ganaron mi voluntad...;
conque, al colegio ahora mismo,
a cumplir mi obligación,
que ya jugaré el domingo.
Y ahora decidme, señores:

(Al público.)

¿soy espíritu enfermizo?,
¿soy un cobarde o un héroe?,
¿soy vencedor, o vencido?

EL CUENTO DE LA ABUELITA

(Monólogo)

Habitación con chimenea o estufa. Una niña vestida con traje de señora mayor, pelo empolvado y lentes, se apoya en un bastón y trata de imitar el andar, los movimientos y voz de una anciana. Representa hablar a niños que estuvieran algo alejados de ella.

Venid, queridos, aquí.
Lloviendo está, y del viento
el ronco y medroso acento
os reclama junto a mí.
Venid a mi alrededor;
las nubes lanzan el trueno,
y hacen brotar de su seno
el rayo desolador.

Al dulce calor del fuego
os referiré una historia
que guarda fiel la memoria:
silencio y quietud os ruego.

(Al público, con su voz natural.)

¡Qué bien lo digo! ¿verdad?
Lo mismo que mi abuelita.

(Haciendo que agrupa los niños cerca de la chimenea.)

Vamos; Julián, Margarita,
Pepín, sentaos y escuchad.

(Se sienta ella, se acomoda los lentes, y ya bien preparada, después de breve pausa, comienza con mucha gravedad.)

Pues, señor... en una estancia
húmeda, pobre y sombría,
una madre se dolía
de la desgraciada infancia
de un hijo, que en triste afán,
solicita en Noche Buena,
con grito que el alma apena,
¡un pedacito de pan!...

(Muy doliente.)

A su lado un hombre, emblema
de lo siniestro y feroz,
con enronquecida voz
ruge, maldice y blasfema.
— ¿Oyes? — gime la mujer —
pide pan. — Buen majadero; (Imitando la voz de un hombre.)
por un bolso de dinero
lo vendiera a Lucifer.
— Calla, infame.
— Es la verdad,
y si mi trato aceptara,
que venga, que así pasara
alegre la Navidad.
— ¿Pero no tienes entrañas?
¿Ni un resto de compasión
queda ya en tu corazón?
— No me vengas con patrañas:
aborrezco a las criaturas,

y... escucha bien lo que digo:
a dar el chico me obligo...
y a ti también, si me apuras.
—No por cierto, soy su madre
y defenderlo sabré.
—Y yo mi palabra haré
por cumplir, mal que te cuadre.

(Evocando a un ser invisible.)

—Conque, dicho está, Luzbel:
si a mi proyecto te avienes
puedes venir, que aquí tienes
quien responder sabe de él.
Intensa llama se vió
de azufrados resplandores,
que con siniestros fulgores
el recinto iluminó.
Entre la llama, un demonio
grave, cumplido, formal,
pero de gesto infernal,
se presentó al matrimonio.
—Me llamaste, y aquí estoy.
¿Qué es lo que deseas?
—Quiero
que me procures dinero
en lo que resta de hoy.
—¿Y a cambio de qué ha de ser?
—Mi hijo te daré al momento,
y si no quedas contento
te llevas a la mujer.

(Con mucha entereza.)

—A ninguno de los dos,
que a mi hijo ni en pedazos
me arrancaréis de los brazos.
Vete, maldito de Dios.
Empeñóse entonces guerra
encarnizada y brutal,
la guerra que el bien y el mal
sostienen siempre en la tierra.

De la codicia y furor
en que los monstruos se encienden,
hijo y madre se defienden
con indomable valor.
Y cuando más engreídos
en la recia lucha están,
doce campanadas dan
que vibran en sus oídos.

(Ligera pausa.)

En rabiosas convulsiones
se retuerce Lucifer,
pues se anula su poder
con aquellas vibraciones.

(Con energía.)

— Dobla, impío, tu rodilla,
dice la madre al marido,
porque Jesús ha nacido.
Satán, tu soberbia humilla:
ya en Belén brilla la luz
que, triunfante y redentora,
siempre será vencedora
de ti, por la santa cruz.
Y mostrando la que pende
de una cinta en su garganta,
hacia Luzbel adelanta,
que en lumbre infernal se enciende.
En ciega cólera estalla
que crugir hace sus dientes,
y su lengua maldiciente
con su impotencia batalla.
— ¿Hasta cuándo mi poder,
¡oh Jesús aborrecido!,
ha de ser por ti vencido?
¡Y tú, mísera mujer,
la eterna enemiga mía,
que por la fe y el amor,
con arrogante valor
triunfas siempre en tu porfía!

Siga la guerra mortal
a que vivo condenado,
maldecido y despreciado
como espíritu del mal.
Y al alejarse rehacio,
sacrílega imprecación
y fervorosa oración
confúndense en el espacio.

(Dirigiéndose a los niños imaginarios a quienes refería el cuento.)

Ya mi cuento he concluído:
podéis iros a jugar
un ratito, y a cenar;

(Pausa.)

¿pero no me habéis oído?

(Llamando a los niños.)

¡Julián, Pepín, Margarita!

(Contrariada.)

¡Dormidos se me han quedado!

(Al público, con su voz natural.)

No hay duda; no ha gustado
el cuento de la abuelita.

DOS ÁNGELES

(Diálogo)

MERCEDES, de unos diez años, está sentada haciendo ramos de flores. CARMEN, de doce años, está sentada también a alguna distancia de su hermana. Representa ser ciega, y durante toda la escena, debe demostrar en su actitud y movimientos la falta de la vista.

CARMEN

(Con la mirada fija en el espacio.)

— ¿En qué te ocupas, que estás
tan callada, hermana mía?
¿Trabajas?

MERCEDES

Para María,
Madre del Divino Amor.

CARMEN

— Saber quisiera qué hacen
tus manitas primorosas.

MERCEDES

— Formo ramos con las rosas
del más brillante color.
Mayo ha llegado, y estamos
cubriendo su altar con flores;
¡cuántas luces y colores!
¡cuánta hortensia y tulipán!
Y cual hermosa corona
de tan florido vergel,
bajo celeste dosel
la Virgen y el Niño están.
Con la esencia de las flores
y envuelta en la blanca nube
del incienso, al cielo sube
nuestra ferviente oración;
y a sus pies depositamos
nuestra ofrenda humilde y leve,
con acento que conmueve
intensa y dulce emoción.

CARMEN

— Pues no creas...; yo, aunque ciega,
con los ojos del deseo,
a todas horas la veo,
y su imagen llevo aquí,

(Poniendo la mano sobre el corazón.)

donde para darle culto
apasionado y vehemente
y honrarla continuamente,
humilde altar le erigí.

En él, aunque muy modestas,
a falta de otras mejores,
le ofrece mi amor tres flores:
alma, vida y corazón.

(Con entusiasmo.)

MERCEDES

(Sonriendo.)

— ¿Y con qué alumbras tu altar?

CARMEN

— ¿Lo crees, acaso, imposible?

(Llena de fe.)

Con la llama inextinguible
del amor y la oración.
Así, de mi dulce Madre,
rece o cante, llore o ría,
duerma o vele, noche y día
me acompaña su bondad.

MERCEDES

(Con admiración.)

— ¡Mucho la amas!

CARMEN

Sí, mucho,
que la Virgen es la estrella
cuya luz plácida y bella
alumbra mi obscuridad.

MERCEDES

(Con mucha ingenuidad.)

— Al verte tan dulce y buena,
casi me asalta el deseo
de ser ciega; a lo que veo,
tú eres más feliz que yo.

CARMEN

— ¡Más feliz! No digas eso;
creerlo fuera insensato;

mi desgracia humilde acato
pues así Dios lo ordenó.
Mas si escuchara los ruegos
que a sus pies, puesta de hinojos,
le dirijo; si a mis ojos

(Exaltándose a medida que habla.)

diera vida y diera luz,
¡quién pudiera contener
mis transportes de alegría!
¡cuál fuera del alma mía
la dicha y la gratitud!
¡Poder ver rostros queridos!
¡el sol que los campos dora!
¡las bellezas que atesora
la tierra, el aire y el mar!
¡Saciar mi ávida mirada
en el brillante esplendor
de los templos del Señor
y recrearme en su altar!...
¡Oh! ¡qué dicha!

MERCEDES

(Acariciando a su hermana.)

—No te aflijas;
cálmate y ten esperanza,
que la fe todo lo alcanza,
y es, Carmen, grande tu fe.
Ven conmigo, aunque a la Virgen
no veas, ni su altar santo;
junto suba nuestro canto
hasta su trono.

CARMEN

(Muy conmovida.)

— Sí, iré.

MERCEDES

Yo te serviré de guía;

(Cogiéndola de la mano con mucho cariño.)

unidas las dos lloremos,
y llorando imploraremos
un milagro en tu favor.

CARMEN

(Como inspirada.)

— Vamos, sí; mi fe es sincera
y sublime tu bondad....
Roguemos con humildad,
y esperemos en su amor.

GRAVE APURO

(Monólogo para niño o niña)

La escena representa una calle aislada o un paseo; debe verse la fachada o torre de una iglesia; es la hora del crepúsculo.

(Con gran tristeza y mirando a su alrededor.)

¡Solita aquí y a estas horas!...

(Dirigiéndose al público.)

Jugaba yo entre las flores,
cuando de vivos colores
una mariposa vi.
Gozosa seguí su vuelo,
y en mi juego me afanaba,
¡y no vi que se alejaba
mi madrecita de mí!
Quise reunirme con ella;
pero el barullo que había
me atontaba, me aturdía,
y no la pude encontrar.
¡Qué aislada en aquel paseo!
¡qué sola entre tanta gente,
que miraba indiferente
mi silencioso pesar!

Quise volver a mi casa,
pero en vano...; no he sabido,
y tanto... tanto he corrido,
que no me puedo tener.
¡Mi casa! ¿Cómo encontrarla,
si una compasiva estrella
no me conduce hasta ella?
¡Dios mío! ¿Qué debo hacer?
Tú también, mamita mía,
triste me estarás buscando,
y de seguro llorando
como yo llorando estoy.
La negra noche se acerca...;
tiemblo de miedo y de frío....
¡Qué diferencia, Dios mío,
entre otras noches y hoy!

(Cambiando de tono para hacerlo más alegre.)

Ya de vuelta a nuestra casa,
junto a ti, madre querida,
y de tu mano cogida
caminaba sin temor.
Hermoso y alegre fuego
allí al llegar me esperaba,
que mi cuerpo reanimaba
con benéfico calor.
Después, a cenar.... ¡¡Jesús!!
Con hambre devoradora,
tres días, hora tras hora
cenara sin descansar.
¿Y cómo no, si mis padres,
de su amor en los excesos,
me brindaban con sus besos
cuanto me puede agradar?

(Pequeña pausa.)

Ya más tarde, cuando al sueño
mis párpados se rendían,
dulces brazos me acogían
con tierna solicitud.

En mi tibio y blando lecho,
al despertar, me encontraba,
cuando mi alcoba inundaba
del sol la espléndida luz.

(Bostezando y con desfallecimiento.)

El hambre y sueño que tengo
harán que caiga rendida;
mas si me quedo dormida,
¿dónde me despertaré?
¡Una iglesia! ¡oh, sí!: ¡qué idea!
Pues que no encuentro la mía,
en tu casa, Virgen pía,
un asilo buscaré.
A tu lado y escondida
en los pliegues de tu manto,
no será mi miedo tanto...;
pero aunque esté bien allí,
llévame junto a mis padres:
con toda el alma lo imploro;
mira que por ellos lloro,
y ellos llorarán por mí.

(Mirando a lo lejos y con expresión de terror.)

¡Corre un hombre hacia este sitio!

(Queriendo alejarse y sin dejar de mirar hacia donde señalaba.)

¡Socorro!...; pero, ¿qué veo?
¿Me engañará mi deseo?
¡Si me parece papá!...

(Con mucha alegría.)

El es, no hay duda; sus besos
pronto enjugarán mi llanto...;
pero, ¿por qué tarda tanto?

(Haciendo señas con la mano.)

Ya me ha visto...; llega ya.
Mis pesares se acabaron;
ya no tengo hambre ni frío;

(Gritando en la dirección en que parece venir su padre.)

voy corriendo, padre mío;
ten paciencia, corazón.

(Poniendo su mano sobre el corazón como para contener sus latidos.)

Modera el loco saltar
conque me muestras tu gozo...;
pero olvido en mi alborozo
una cosa, y no es razón.

(Dirigiéndose hacia el sitio donde está la iglesia y con mucha viveza.)

Si de Ti, Virgen piadosa,
me alejo con alegría,
no te enfades; otro día
vendré a verte, que hoy ansiosa
corro a ver la madre mía.

(Vase corriendo.)

FELICITACIONES

FELICITACIONES
PARA PASCUAS DE NAVIDAD Y OTRAS FIESTAS

I

Al cielo eleva sus preces
mi corazón infantil,
pidiéndole veces mil
la ventura que mereces.

II

No tenga nunca el destino
para vosotros rigores;
y sea vuestro camino
espléndido y peregrino
vergel de fragantes flores.

III

Os traiga la Navidad,
con pródiga profusión,
dichas y prosperidad
e infinita cantidad
de mazapán y turrón.

IV

Aléjense las tristezas;
huyan las penas veloces,
y acrediten nuestras voces
el gozo del corazón.
Tu rostro, papá querido,
con júbilo me sonría,
que para mí tu alegría
es celestial bendición.

V

Mi mano vacilante
con gozo felicita,
a mis padres queridos,
esta fiesta bendita.
De júbilo anhelante
palpita el corazón;
¡qué intensa es mi alegría!
¡qué dulce mi emoción!
Así, sobre vosotros
atraigan mis caricias,
venturas no soñadas
e inefables delicias.

VI

Al Niño divino,
Reyes y pastores
le ofrecen obsequios,
le rinden honores.
Yo también, mamita,
adoro a ese Niño;
pero tú compartes
con Él mi cariño.
Le daré virtudes,
que son su embeleso,
y a ti, madre mía,
mi alma en un beso.

VII

Niega la pluma a mi mano
primores que desearía:
inútilmente me afano,
y sé que me esfuerzo en vano
siendo inhábil todavía;

mas ved en el desaliño
que mis renglones implica,
todo el inmenso cariño
que mi corazón de niño
con mi trabajo os dedica.

VIII

Soy traviesillo, es verdad,
y al estudio me resisto;
pero en afirmar insisto
que no es mala mi intención
y que os quiero tanto... tanto...
que en quereros me extasío,
siendo vuestro gozo el mío
y vuestro mi corazón.

IX

Acepta, papá, el trabajo
que mi inocencia te ofrece;
si de mérito carece,
él simboliza mi amor.
Mi manifiesta torpeza
tu indulgencia solicita,
porque mi tierna manita
no sabe hacerlo mejor.

X

Avaro de vuestro bien
y ansiando vuestra ventura,
solicita mi ternura
dichas sin fin para vos.
Y si habéis de disfrutar
la que tenéis merecida,
felicidad sin medida
ha de concederos Dios.

XI

¿A quién dedicar mejor
del corazón la fragancia,
que a quien procura a mi infancia
dicha, alimento y calor?
Así, mi filial amor,
respetuoso y vehemente,
corresponda dignamente
a vuestro amante desvelo,
y la santa paz del cielo
se refleje en vuestra frente.

XII

Tus dulcísimas caricias,
tus abrazos maternales,
son mis dichas más cabales,
mis adoradas delicias.
Justo es, pues, que las primicias
te ofrezca de mi querer,
que tan grande llegue a ser,
tan profundo, tan intenso,
como del Señor, inmenso
es el amor y el poder.

XIII

No sé expresar, madrecita,
la dulcísima emoción
que hoy mi tierno corazón
conmueve, alegra y agita.
Mas creo no necesita
mi pasión frase galana,
pues en amarte se afana;
con tu dicha se recrea,
y ruega esta dicha sea
nuncio de la de mañana.

XIV

Festejando el nacimiento
de un Dios de amor y bondad
su gozo la cristiandad
canta con alegre acento.
¡Gloria a Dios en las alturas!
se repite por doquiera;
¡Gloria! es la voz placentera
de todas las almas puras.
¡Gloria a Dios! dice mi anhelo;
¡gloria a mi madre querida!
y larga y plácida vida
le otorgue propicio el cielo.

XV

¿Qué dice el ave gentil
en su dulce melodía?
¿Qué dice la selva umbría,
y qué, el florido pensil?
¿Qué dice el aura sutil,
y qué, el arroyo murmura?...
Canta y bendice Natura
la venida del Señor,
y le pide con amor
para ti paz y ventura.

XVI

Al Dios niño, que en Belén
exhala tiernos clamores;
que es centro de mis amores;
del alma, supremo bien;
con fe y constancia prolija,
con ansia ardiente le pido,
que proteja el dulce nido
que amoroso me cobija.

Obtenga vuestra bondad
del gozo y dicha la esencia,
y envuelvan vuestra existencia
auras de felicidad.

XVII

Te ofrece mi insuficiencia
anhelos en vez de dones,
que no sabe mi inocencia,
ni puede mi escasa ciencia
realizar mis ambiciones.
Ansían mi voluntad
y cariño reverente
corona de majestad,
de amor y felicidad,
para ceñirla a tu frente.

XVIII

¡Oh madre! Este nombre santo
me inunda en dulce placer,
y se conmueve mi ser
a su irresistible encanto.
No hay tristeza, no hay quebranto
que no ceda a su influencia.
La divina Omnipotencia,
al formar tu corazón,
lo hizo con tal perfección
que es modelo de su ciencia.

XIX

Si mi deseo bastara
a procurarte alegría,
¡cuánta fuera, madre mía,
la que a ti te rodeara!
Dicha a los cielos robara
para ofrecértela a ti,
porque solamente así
digna de ti me parece,
y sólo así la merece
las bondades que en ti ví.

XX

Respeto y veneración
te debo, amada madrina;
pero a quererte me inclina
irresistible atracción.
Recibe del corazón
los más tiernos sentimientos,
y el aire mis pensamientos
lleve a ti en sus raudos giros,
con mis ansias, mis suspiros
y cariñosos acentos.

XXI

Si en este día feliz
viniere algún importuno,
denle sin miedo ninguno
con la puerta en la nariz;
pero si alguna perdiz,
jamón o pavo trajera...,
abran con mano ligera,
que yo, a vuestro bien atento,
procuro vuestro contento
y echo los disgustos fuera.

XXII

Si por un solo instante sucediera
que radicara en mí el poder divino,
¿qué cosa a vuestra dicha se opusiera?
¿qué podría anhelar vuestro destino?
Mas ya que es imposible tal quimera,
sólo os puede ofrecer mi ser mezquino
un corazón muy grande para amaros
y un altar en mi pecho para honraros.

COMEDIAS

LA MISA DEL GALLO

(Pequeña comedia seria para las fiestas de Navidad)

Personajes

ANSELMO, MARIA, padres de CARLOS, y CONSUELO. Un MENDIGO y varias personas que no hablan

Cuadro I

La escena representa un gabinete bien amueblado

ANSELMO y MARIA

ANSELMO

— De sobra sabes, María,
que nunca, nunca he querido
imponer mi voluntad;
que tu gusto ha sido el mío
y que el fiero militar,
por su rigidez temido,
es en su casa... un cordero,
un tímido falderillo.

MARÍA

— Sí, ya lo sé; bueno y noble
fuiste siempre, esposo mío.

ANSELMO

— Pues entonces, si hoy me ves
insistente y decidido,
que se atiendan mis deseos
debidamente, te pido.

MARÍA

— Es que de tu afán reclama
mi corazón afligido.

ANSELMO

— Nada, nada, que no cedo;
día es hoy de regocijo...;
a más, Consuelo, ese ángel:
¿no merece el sacrificio?

MARÍA

— ¡Oh, sí!. Por ella y por ti,
será tu gusto cumplido.

ANSELMO

— Pues no hay que alterar costumbres;
conque, demos al olvido
penas del alma y dolores
que laceran de continuo
nuestra corta y triste vida;
y pues hoy es hoy, repito
quisiera que convidaras
a los parientes y amigos
a cenar alegremente,
después que todos reunidos
volvamos de misa.

MARÍA

(Con tristeza.)

No
iremos todos; mi hijo
no asistirá.

ANSELMO

— De ese asunto
no hay que hablar; te lo prohibo.
Cuida de no desmentir
la fama que has adquirido
de mujer activa y hábil.
Consuelo vendrá en tu auxilio,
y ella logrará animarte.
Adiós, pues.

MARÍA

— Vete tranquilo.

ANSELMO

— ¡Pobre madre! ¡Cuánto sufre!

(Aparte.)

No piensa más que en su hijo.

(Vase.)

MARÍA

— ¡Oh! No me engañas; tu pena
te esfuerzas en ocultar;
mas la veo palpitar
bajo tu frente serena.
Quieres con afán prolijo
demostrar plácida calma,
cuando desgarra tu alma
la crueldad de nuestro hijo.
No excluye, no, la bravura
de esforzado militar,
sentir y exteriorizar
el dolor que nos tortura.
Yo, como madre, mi duelo
lloro y sin rubor proclamo:

(Con energía.)

al hijo rebelde amo;
si él no es mi orgullo, es mi anhelo.
Un año hace que huyó
del hogar que le dió abrigo;
sé que merece castigo;
mas quiero dárselo yo:
un castigo tan crüel
que a sufrirlo no se aviene.

(Con desaliento.)

¡Qué duro rigor contiene
mi cariño para él!
Mis brazos juzgó cadena
de que se quiso librar....
¡Oh, hijo mío! ¡A qué llorar
tu ingratitud me condena!

MARÍA y CONSUELO

CONSUELO

— Papá me dice que hoy
te hago falta.

MARÍA

— Pues, ¿qué día
no me haces falta, hija mía?

CONSUELO

— Y bien, a tu lado estoy.

MARÍA

— Quiere con obstinación,
sin reparar que me apena,
celebrar la Noche-buena.

CONSUELO

— Pues, papá... tiene razón.
(Fingiendo enfado.)

MARÍA

— ¿Conque, tú también, traidora,
contra tu madre conspiras?

CONSUELO

— Creo que, si bien lo miras,
tú eras la conspiradora.

MARÍA

— Está bien: como sois dos,
me ganasteis la partida.

CONSUELO

— ¡Viva mi madre querida!

MARÍA

— Hija, bendígate Dios.

CONSUELO

— Mi hermanito agua la fiesta;
él es la causa de todo:
¡abandonar de este modo
a una madre como ésta!
¿Y por qué? ¿Qué desearía
que en su casa le faltara?
(Amenazadora.)
Si aquí se me presentara...,
(Con mucho cariño.)
¡oh!, qué abrazo le daría.

TELÓN

CUADRO II

El escenario representa una calle en la que se ve la puerta de una iglesia, por la que sale la gente de misa cuando la escena lo indica. En un ángulo, debe haber un farol. Es de noche.

CARLOS, con peluca y barbas postizas, traje deteriorado y gafas negras. MENDIGO

CARLOS

— Bastante mal el negocio
esta noche se presenta.

MENDIGO

— Esperemos, que la gente
pronto saldrá de la iglesia,
y hacer acopio podremos
de relojes y carteras.

CARLOS

— Tal vez; pero a esta ciudad
haber venido me pesa:
aquí vive mi familia.

MENDIGO

— Pues, mejor; es Noche-buena,
y esta noche, las familias
que bien se quieren, se acercan.

CARLOS

— Deja bromas. ¡Qué frío hace!

MENDIGO

— ¡Y qué hambre!

CARLOS

— ¡Y qué vergüenza!

MENDIGO

— Que escrupuloso se vuelve...
¿A que va a llorar de pena?
(Dándole un empujón.)
No seas mandria, compañero.

CARLOS

(Con energía.)
— Cuidado, las manos quietas.

MENDIGO

(Burlándose.)
— Perdona, niño, perdona.
(Con autoridad.)
Quédate tú en esta puerta;
yo voy a la principal.
Manos listas y ojo alerta.

CARLOS

— Me hastía ya; me repugnan
su amistad y compañía.
¡Qué ignominia! ¡Qué abyección!
¡Qué miserable es mi vida!
¡Qué culpable y criminal,
mi conducta! ¡Oh, madre mía!
¡Y por un hijo tan vil
lloras acaso y suspiras!
Yo desoí tus consejos;
yo desprecié tus caricias;
la amorosa autoridad
de un padre me enfurecía...
¡Y sufro de un desalmado
cómplice, la tiranía!

Su odioso yugo me oprime,
mi voluntad esclaviza;
mas es fuerza que sacuda
tan degradante ignominia;
pero la misa concluye,
y ya la gente desfila.

Empieza a salir la gente de la iglesia; cuando la escena lo indique, salen, entre otras personas, Anselmo, María y Consuelo, muy abrigados, de modo que no será fácil reconocerlos. Carlos se coloca al paso de la gente pidiendo limosna y disfrazando la voz. Se apodera de algunos objetos de los que salen.

CARLOS

— ¡Compasión del pobre ciego!
Señora, una limosnita;
ved que trabajar no puedo
para ganarme la vida.

(Recibe varias limosnas de unos y otros.)

UNA VOZ

— Tome, desgraciado: cene
en esta noche bendita.

CARLOS

— No vamos mal. (*Ap.*) Por sus hijos,
(A María.)
porque Dios guarde su vista,
dad una limosna al ciego.

MARÍA

— Vé y socórrelo, hija.
(A Consuelo.)

CONSUELO

— Tome, hermano.

CARLOS

(Después de una pausa, cuando la gente acaba de salir.)

— ¿Estoy demente?
Esa voz que hirió mi oído,
recuerdos de un bien perdido
trae a mi agitada mente.
¿No ha sido alucinación?

¿No fué la voz dulce y pura
de la angelical criatura
que invoca mi corazón?
Acaso lo que robé
de mi duda me convenza.

(Se dirige al farol, y observa un reloj que robó a su padre.)

¡Es de mi padre! ¡Oh, vergüenza!
¡Desventurado! ¿Qué haré?
Hoy de mi conciencia el grito
ahogar pretendiera en vano...:
¡por algo tembló mi mano
al cometer el delito!
Esta alhaja, noble hija
de mi indigna y vil acción,
la hora de mi contrición
generosamente fija.
Quiero de un padre ofendido
ir a arrostrar el rigor;
que me devuelva su amor
aquel corazón herido;
quiero arrastrarme a sus pies
y bañarlos con mi llanto...

CARLOS y MENDIGO, que se ha ido acercando sin ser visto de aquél y ha oído sus últimas palabras.

MENDIGO

— Bien está; pero entretanto
bueno es que cuenta me des
de los trabajos del día.
Vamos a ver, buena pieza...;

(Pequeña pausa.)

¿pero estás sordo, o el frío
ha entumecío tus piernas?

CARLOS

(Con mal humor.)

— No sé lo que me sucede.

MENDIGO

— Tengamos en paz la fiesta.

CARLOS

(Aparte.)

— Seré prudente esta noche.

MENDIGO

— ¿Limosnas?

CARLOS

— Siete pesetas.

MENDIGO

— Regularcillo. ¿Y ganao?

CARLOS

— Un reloj y dos carteras.

MENDIGO

— Vengan acá.

CARLOS

(Dándole las carteras.)

Toma esto
y todo lo que contengan;
pero el reloj me lo guardo.

MENDIGO

— Dame el reló.

CARLOS

— No lo creas;
he dicho que es para mí.

MENDIGO

— Según eso, te sublevas;
yo te haré entrar en razón.

(Saca una navaja.)

CARLOS

— Te juro que, si te acercas,

(Apuntándole con una pistola.)

no vas a decir amén.

MENDIGO

(Aparte.)

—¡Qué templao! Diré así sea.

(Guardando la navaja.)

Hágase tu voluntad.

(Aparte.)

Pues, señor, ¡quién le creyera
capaz de una cosa así!

(Alto.)

Bueno, dame las carteras.

CARLOS

—Y el dinero, tómalo.

(Lo tira al suelo.)

MENDIGO

—Niño..., niño..., que ya empiezan
a cansarme tus bravatas..

(Aparte.)

En fin, tengamos paciencia;
hay que saber ser filósofo.

(En alta voz.)

¿Te vienes a la taberna?

CARLOS

—Prefiero quedarme al fresco.

MENDIGO

—Dices bien: en Noche-buena,
fresco es lo que pide el cuerpo;
vamos, toma una peseta
pa comprarte un abanico:
ya ves que por mí no queda.

(Pequeña pausa.)

¿No la quieres?, pues a casa,

(La guarda.)

que allí no se la desprecia.

TELÓN

Cuadro III

La misma escena que en el cuadro 1.º

ANSELMO y MARIA

ANSELMO

— ¿Nos vamos ya a descansar?

MARÍA
(Aparte.)

— ¿Qué haré para entretenerle?
(Alto.)
Esperemos a la niña,
que no tardará.

ANSELMO

— Ya viene.

Dichos, CONSUELO

CONSUELO

— Papá, tu permiso pide
un pobrecito indigente
para entrar aquí.

ANSELMO

— ¡A estas horas!,
¡Imposible! ¡Qué imprudente!
Dile que vuelva mañana.

(Vase Consuelo.)

MARÍA

(Aparte.)

— ¡Ten, Dios, piedad de su suerte!

ANSELMO

— ¡Vaya unas horas que el pobre
para sus visitas tiene!

CONSUELO

(Entrando.)

— Hace un frío que da miedo;
nevando está horriblemente,
y ese infeliz pretendía
pasar la noche al relente
en el umbral de la puerta.

ANSELMO

— ¿Se habrá visto impertinente?

CONSUELO

(Acariciando muy zalamera a su padre.)

— ¿Me perdonarás, papá,
que le haya dicho que entre?

ANSELMO

— ¡Pero, atrevida! ¿Eso hiciste?

CONSUELO

(Aparte.)

— Ya el mal remedio no tiene.

Dichos, CARLOS sin peluca, barbas, ni gafas

ANSELMO

(Aparte.)

— ¡Mi hijo!

MARÍA

— ¡Ven en su ayuda
¡oh Dios! en este momento!

CARLOS

— Señor, con trémulo acento...

ANSELMO

(Aparte.)

— Su voz disipa mi duda.

(Alto.)

No se canse en explicar...

(Con severidad.)

¿Qué solicita el mendigo?

CARLOS

— El merecido castigo
me atrevo humilde a implorar.

ANSELMO

— Nada de común existe
entre el pordiosero y yo.

MARÍA
(Aparte.)

— ¡Qué horrible tormento!

CONSUELO
(Aparte a Carlos.)

— No
desmayes, Carlos, insiste.

CARLOS

— No pretendo en la que fué
antes mi feliz morada,
por mi mal abandonada,
el lugar que ya ocupé.
Pido con afán ardiente,
con duelo del corazón,
en vuestra casa un rincón
donde reclinar mi frente;
pido ansioso el respirar
este ambiente de virtud;
que dando al alma salud
pueda a la gloria aspirar;
pido de nuevo aprender,
de modo que bien lo entienda,
la olvidada y noble senda
del honor y del deber.

ANSELMO
(Con entereza.)

— Basta ya, limosna dad
y alejad al importuno.

MARÍA

(Aparte.)

— ¿No habrá remedio ninguno
que le incline a la piedad?

CARLOS

— A ti vuelvo, madre mía,
mi faz en llanto bañada;
sé tú la égida sagrada
que me salve en mi agonía.

MARÍA

— ¡¡Hijo del alma!! ¡Perdón

(Muy exaltada.)

pido para el hijo mío!
Cese tu rigor impío;
ten, Anselmo, compasión.

ANSELMO

(Apartándola suavemente.)

— Siento que ruegues en vano.

MARÍA

(Con desesperación.)

— ¡No le despidas así!

CONSUELO

(Muy emocionada.)

— Papá, castígame a mí,
pero perdona a mi hermano.

CARLOS

— Dulcísima mensajera
de paz, caridad y amor,
es inútil tu clamor.

CONSUELO

— Nunca la fe desespera.

MARÍA

Con mucha vehemencia y recalcando mucho las palabras que Anselmo le dijo en la primera escena.)

—Hoy es hoy: recuerda el día
que quisiste celebrar;
que transida de pesar
me esforcé en darte alegría.
Día es hoy de regocijo;
demos al dolor de mano...

CONSUELO

—¡Compasión para mi hermano!

MARÍA

—¡Compasión para mi hijo!

(Anselmo debe demostrar su turbación y la lucha que sostiene para disimularla.)

¿Qué mejor modo de honrar
a Aquél que nació en Belén,
que al que nace para el bien
acoger y perdonar?

CARLOS

(Presentándose delante de su padre con la cabeza inclinada y la mayor humildad.)

—Decidid de mi existencia.

ANSELMO

(Aparte.)

—¡Oh! ¡qué asedio y qué emoción...!

MARÍA

(Aparte a Anselmo.)

—Si es noble tu corazón,
bendiga Dios tu sentencia.

ANSELMO

(Aparte y como sofocado por la emoción.)

— No puedo más. ¿Quién resiste
si una madre ruega y llora,
y si la inocencia implora
con acento dulce y triste?

CARLOS

— ¿Deberé, padre querido,
esperar vuestro perdón?

ANSELMO

(Con pasión, abriéndole los brazos.)

— Ven, hijo, a mi corazón:
ocupa el lugar perdido.

CARLOS

— Gracias mil veces os doy.
Si vil he sido y malvado
y hasta aquí os he deshonrado,
juro honraros desde hoy.
(Dándole a su padre el reloj.)
Tomad esto; por virtud
de esta valiosa cadena,
mi alma y cuerpo se condena
a dichosa esclavitud.

ANSELMO

(Muy sorprendido.)

— ¿Cómo en tus manos está?
(Se pasa la mano por la frente como desechando un mal pensamiento.)
Mas... no lo quiero saber;
disfrutemos del placer...

CONSUELO

(Vivamente.)

— Que nos ofrece papá.

ANSELMO

— De mi hogar al dulce abrigo
goza la apacible calma;
ella dé paz a tu alma...
y éste sea mi castigo.

MARÍA

— Tan magnánima bondad
honra tu santa nobleza.
¡Bendita Pascua, que empieza
con tanta felicidad!

CONSUELO

— ¿Y también habrá perdón
para la niña atrevida?

ANSELMO

(Abrazándola.)

¡Hija del alma querida!

MARÍA

(Abrazando a Carlos y a Consuelo.)

— ¡Hijos de mi corazón!

TELÓN RÁPIDO

UN CONCURSO

Personajes

LAURA, TERESA, RITA (niñas), un SACERDOTE, la PROFESORA, COLEGIALAS

En la escena, que representa una habitación cualquiera, debe haber un canastillo con flores artificiales muy mal hechas y adornado con poco gusto

LAURA

(Que se encuentra inquieta y preocupada.)

— En vano lucho y resisto;
esta tentación maldita
me persigue a todas horas,
me atormenta, me domina.
Desdichada idea ha sido
la del concurso; podía
no haber pensado en tal cosa
la profesora, y tranquila
en casa y en el colegio
hoy como siempre estaría.
Pero, en fin, vamos a hacer
la última tentativa.

(Cogiendo el cesto y examinándolo detenidamente.)

¡Imposible! Sería objeto
mi obra de burla y risa,
pues parecen estas flores,
ajadas y desteñidas,
de algún sombrero que usara
mi abuela cuando era niña.
¿Y qué diré de estas hierbas
con que adornar pretendía
mi canastillo? Tal son
las dichosas hierbecilllas,
que al borrico más hambriento
sin duda no engañarían.

(Lo vuelve a dejar con enfado en su sitio.)

Ello es que el tiempo pasa,
y es forzoso que decida
en esta odiosa cuestión.
Leeré, por décima quinta
vez, la cariñosa carta
de mi desgraciada amiga.

(Saca del bolsillo una carta y lee.)

«Mi querida amiga: Te escribo desde la cama donde me hallo hace cinco días. Como dice el médico que mi enfermedad será larga y no podré concurrir al concurso organizado por la profesora, para premiar la labor más primorosa y la acción más meritoria, te mando el cuadro que yo había hecho para presentarlo. Si Dios quiere darme salud, ya haré otro para mí, y si su divina voluntad dispone otra cosa, quiero que lo conserves como cariñoso recuerdo de la que siempre fué tu mejor amiga. — *Emilia.*»

(Guardando la carta.)

Dios quiso llevar al cielo
a aquel ángel. ¡Pobrecita!
No hay remedio, me resuelvo:
tu recuerdo, amiga mía,
me libra de un compromiso
y el ridículo me evita,
pues que seré en el concurso
admirada y aplaudida.
¡Qué hermoso cuadro es el suyo!
¡La Madre de Dios! ¡qué linda!
Para mí el premio será...;
mas esta victoria indigna

(Con enfado y desaliento.)

no me halaga ni me honra,
que me avergüenza y humilla.

LAURA y RITA, que entra de la calle

RITA

— Laura, ¿nos vamos? Ya es hora.

LAURA

— Aguarda, voy en seguida.

RITA

— ¿Has mandado tu labor?

LAURA

— Preparada la tenía
para mandarla.

RITA

— Muy tarde
has acudido; la mía
hace tiempo que está allí.

LAURA

— ¿Y es bonita?

RITA

— ¡Curiosilla!
¿Quieres saber lo qué es?

LAURA

— No, obedezco la consigna
de guardar secreto.

RITA

(Burlándose.)

— Y tú,
¿has hecho esa canastilla
de flores?

LAURA

(Muy turbada.)

— ¡Oh!, no por cierto.

RITA

— Más vale así, pues lucida
ibas a quedar.

LAURA

(Rehusando la conversación.)

— ¿Me esperas?

RITA

— Te espero, sí; date prisa.

(Vase Laura.)

RITA

— ¿Qué le sucede? La encuentro
muy pensativa y turbada...;
pero es justo, yo también
lamento la desgraciada
suerte de la pobre Emilia;
mucho más ella, que hermanas
más que amigas parecían.
¡Y qué buena! ¡qué aplicada!
Nadie vale lo que ella,
y hubiera sido premiada
si se presenta al concurso...
¡Pero cuánto tarda Laura!

RITA, LAURA, que demuestra malestar

RITA

— ¡Gracias a Dios! Mas, ¿qué tienes?
estás ojerosa y pálida.
¿Acaso te encuentras mal?

LAURA

— No hagas caso, esto no es nada.

(Se van) Telón rápido.

Cuadro segundo

Sala con un estrado en el que estará formado el tribunal compuesto del Sacerdote, la Profesora y algúnas personas más, según los medios

Las niñas estarán sentadas en orden frente al tribunal, pero a alguna distancia.

LAURA, TERESA, SACERDOTE, PROFESORA, NIÑAS

PROFESORA

— Vistos por el tribunal
los trabajos presentados,
y una vez calificados,
ante todo, hace constar
su viva satisfacción,

al ver que habéis respondido
a su voz, y contribuído
nuestra idea a realizar.
Premiar queremos la acción
que más digna y noblemente,
libre y espontáneamente
nos podáis hoy ofrecer.
Mas antes reciba el premio
la autora de una labor
que excede a todo primor,
según luego podréis ver.
Que aunque alabanza merecen
el gusto, la aplicación
y la noble emulación
que demostrado tenéis,
es la obra referida,
a juicio del tribunal,
de belleza y primor tal
que, cual juzga, juzgaréis.
«La Madre de Dios, mi Madre»,
se lee en el lema que ostenta,
y a la Virgen representa
tan peregrina labor.
Venga, pues, su autora aquí,
y pondré sobre su pecho
la medalla, que en derecho
le corresponde, de honor.

(Pausa.)

¿Acaso no está presente?

(Pausa.)

Es muy extraño, y no acierto...

NIÑA 1.ª

—¡Cualquiera dirá que ha muerto!

NIÑA 2.ª

—¡Pues, si es así, no vendrá!

LAURA

(Que durante esta escena se ha de mostrar sumamente inquieta y nerviosa, se aterra al oir estas palabras, y, en impetuoso arranque, sale de entre las niñas y avanza ante el tribunal.)

—¡Ha muerto, sí!. De rodillas
perdón a todos imploro,
y anegada en triste lloro
mi culpa confieso ya.
Emilia, mi buena amiga,
su trabajo me legó;
la vanidad me cegó,
y en la tentación caí.
Quise usurpar con ardides
lo que a otros correspondía,
y lograr con artería
lauros que no merecí.
Del silencio de una muerta
abusé cobardemente,
y quise burlar vilmente
su última voluntad;
mas de mi conducta aleve
protestaba mi conciencia,
y quiero en vuestra presencia
reconocer mi maldad.

(Dirigiéndose a las niñas.)

A vosotras, compañeras,
a quienes perjudiqué;
al tribunal que engañé;

(Dirigiendo la mirada al espacio.)

a ti, de mi corazón
dulce y cariñosa amiga:
escuchad mi voz ansiosa,
y vedme triste y llorosa
solicitando perdón.

PROFESORA

(Al Sacerdote.)

— De este imprevisto conflicto
surge un caso de conciencia,
que atañe a su competencia
el resolverlo y juzgar.

SACERDOTE

— Y yo que sólo he venido
a premiar nobles acciones,
¿ruines y bajas pasiones
será fuerza castigar?
(A las niñas.)
Pues más que a nadie, a vosotras
hizo la culpable agravio.
Fallo dicte vuestro labio:
¿he de castigarla?

ALGUNAS NIÑAS

— ¡No!

OTRAS NIÑAS

— Sí, sí, castigo merece.

LAS PRIMERAS

— No, ved su arrepentimiento

TERESA

(Muy conmovida y avanzando algunos pasos.)
— Padre, ¿digo lo que siento?

SACERDOTE

— Tienes mi autorización.

TERESA

— Laura ha faltado, es verdad;
mas perdón humilde implora;
profundo pesar devora
y agita su corazón.
Si reconoce su falta,
si su orgullo sacrifica,
si se arrepiente y suplica...
¿qué más noble acción queréis?

El llanto de un pecador
causa en el cielo alegría,
y ella llora... Desearía
que a Laura el premio otorguéis.

SACERDOTE

(Admirado de la noble acción de Teresa.)

— Tienes razón: el culpable
que con corazón contrito
exhala el doliente grito
que le arranca su dolor,
es porque en él la virtud
existe viva y potente;
es que en su ser vibra y siente
la caridad y el amor.
Alma grande y generosa
que en la caridad se inspira;
si la acción de Laura admira,
la tuya encanta. Las dos
venid juntas por el premio
que vuestra acción galardona:
representa esta corona
las bendiciones de Dios.

(Laura se resiste a ir; Teresa la empuja suavemente, y la Profesora hace señas llamando a las dos, que se acercan modestamente. El Sacerdote da una corona a cada una.)

¡Feliz quien puede otorgar
premios por hechos tan bellos,
y más felices aquéllos
que los supieron ganar!

(Teresa abraza a Laura, y las compañeras hacen lo mismo con las dos: el telón debe bajar rápidamente.)

MADRE Y MADRASTRA

PERSONAJES

DOÑA LUISA, FELICIA, diez y seis años; ISABEL, once años.

Lujosa habitación en que Felicia, pobremente vestida, e Isabel, muy elegante, contemplan un lujoso vestido que la última coloca cuidadosamente en un sofá o sillón.

ISABEL

¿De veras no sientes envidia ni tristeza al ver mi hermoso vestido?

FELICIA

No siento envidia, no; pena, sí, porque a todas horas y en todos los detalles, veo lo triste y violenta que es mi situación en tu casa.

ISABEL

¡Mi casa! ¿Acaso *mi casa* no es tuya también?

FELICIA

No, yo no puedo llamar mi casa a aquélla en que vivo de prestado.

ISABEL

Creo que tus palabras ofenden a mamá, una madre tan cariñosa, tan buena...

FELICIA

Para ti, sí; pero para mí, ni es cariñosa, ni es buena..., ni es madre.

ISABEL

¿Y no merece siquiera tu respeto?

FELICIA

Sin duda, y no sólo mi respeto, sino que también mi agradecimiento; pues, al fin y al cabo, ella ha amparado mi orfandad; pero, créeme, Isabel: eso no basta a mi corazón; estoy ávida

de cariño; tengo ansia de inspirar el interés que inspiras. Si padeces, intranquila, alarmada, tu madre te acosa con sus preguntas y cuidados, hasta que logra volverte la alegría; si enfermas, acongojada y temerosa se sitúa al lado de tu cama, y de allí no se mueve hasta que recobras la salud; si lloras, sus besos enjugan tus lágrimas...; pero, de mí, ¿quién se preocupa?

ISABEL

¡Ingrata! ¿No me has visto llorar algunas veces por ti? ¿No te he atendido con cariño cuando has estado enferma?...

FELICIA

¡Oh, sí! Tú, sí. Perdóname, querida Isabel: tú eres buena, tú eres generosa; pero ahogan tus nobles sentimientos.

ISABEL (*Acariciando a Felicia.*)

Dame un beso, y no estés triste; yo te contaré todo lo que ocurra en la fiesta, y te traeré los dulces que me regalen.

FELICIA (*Abrazándola con ternura.*)

Dios te bendiga, querida! Veo en ti el alma grande de tu padre, que felizmente has heredado.

DOÑA LUISA (*Llamando desde dentro.*)

¡Isabel!

FELICIA

Ves, ves; ya está impaciente porque vayas a lucir tus galas.

ISABEL (*Alzando la voz.*)

Voy, mamá. (*Ap. mirando a Felicia.*) ¡Pobrecita! Mamá es muy buena, y yo la quiero mucho; pero con la pobre Felicia, la verdad es qué se pone... hasta antipática. (*Recoge su vestido y se va.*)

FELICIA

¡Oh!, si no fuera por los consuelos que este ángel derrama en mi corazón, todavía sería mayor mi sufrir; pero unas veces su cariño; otras, su travesura, y otras sus juguetonas rebeldías, lo cierto es que nos subyuga y nos tiene a todos suspensos de su voluntad. (*Pone en orden alguna silla u objeto que esté fuera de su sitio.*)

FELICIA y DOÑA LUISA

DOÑA LUISA

Creí oirte hablar, y me figuré que, según otras veces has hecho, te lamentabas de tu suerte.

FELICIA

¿Y no tendría razón para ello?

DOÑA LUISA

Eso es según se miren las cosas, y según sean las exigencias y la ambición de la persona.

FELICIA

Yo me contento con poco...; pero no con tan poco como lo que tengo.

DOÑA LUISA

Me parece, niña, que te excedes en tus palabras.

FELICIA

Perdone usted si la he molestado; pero a medida que se ha ido desarrollando mi cuerpo, se ha hecho más clara mi razón, más reflexivo y sereno mi juicio.

DOÑA LUISA

¿Y a dónde te lleva todo eso? ¿Qué principio o qué fin hallan tus deducciones? (*Ap.*) Tal vez ella misma me facilite el medio de decirle lo que quiero, y que, la verdad, me cuesta algún trabajillo.

FELICIA

Veo que soy una intrusa en esta casa; que a excepción de Isabel, soy pesada carga para todos, aunque me afane, con mi trabajo y mi aplicación, en ser útil; veo que ha dejado de ampararme la sombra protectora de mi segundo padre, de su esposo, y estudio la manera de hacer menos falsa y violenta mi situación.

DOÑA LUISA

(*Ap.*) No va preparando mal el terreno; tal vez la cosa no sea tan temible como me la había figurado. (*A Felicia.*) Mira, Felicia: algún día teníamos que hablar de esto, y puesto que ahora se presenta ocasión oportuna, aprovechémosla.

FELICIA

Como usted guste.

DOÑA LUISA

Hay que tomar las cosas desde su principio, para sacar de ellas las consecuencias debidas. Sentémonos, y hablemos razonablemente. (*Se sientan, y, después de breve pausa, continúa.*) Tu padre, bellísimo sujeto, cuyas virtudes proclaman todos los que le conocieron, tuvo la ocurrencia de morirse sin dejarte una peseta, y todo el tesoro de sus bondades no bastó a libraros de la miseria a ti y a tu madre: ¿no es cierto?

FELICIA

Sí, lo es, como también que estoy orgullosa de esa noble herencia de que usted habla con tanto desprecio.

DOÑA LUISA

Es que en el mundo la virtud vale si la hace brillar el oro; si no, nadie la aprecia. Continúo. Tu madre casó por segunda vez con otro virtuoso, tanto o más que su primer marido; pero tan escaso de fortuna como su antecesor. Murió tu madre; tu padrastro...

FELICIA (*Vivamente.*)

No le dé usted ese nombre; para mí fué padre, padre tiernísimo, cuya memoria me es tan sagrada y querida como la del que me dió el ser.

DOÑA LUISA

Bueno, mujer; no te exaltes. Tu padre, si quieres que así diga, quedó solo contigo, que teniendo poca edad, le dificultabas para poderse dedicar a sus trabajos. Entonces pensó en casarse, y lo hizo conmigo, que, aunque no rica, algo llevaba para que nunca faltara en mi casa lo indispensable.

FELICIA (*Ap.*)

¿A dónde irá a parar con todo esto?

DOÑA LUISA (*Después de toser varias veces y acomodarse en la silla.*)

Quiso la fatalidad que, al naufragar el vapor en que, después de haber realizado algunos pequeños negocios que tenía en Amé-

rica, regresaba a España, las olas sepultaran a tripulantes y pasajeros, quedando yo viuda; mi hija, sin padre; tú, sin amparo, y todas, atenidas a mi pequeña renta, pues la herencia que pudimos recoger de mi marido fué bien insignificante.

FELICIA (*Conmovida.*)

(*Ap.*) No tan insignificante como quiere hacerme creer. (*En voz alta.*) ¡Cuántas veces le oí decir, abrazándonos al mismo tiempo a Isabel y a mí, que no quería la menor diferencia entre las dos!

DOÑA LUISA

Él tenía derecho para hablar así, pues en sus últimos años la suerte le fué propicia, y procuraba para todos; pero ahora... las cosas han cambiado; mi renta ha disminuído bastante; Isabel, con la edad, va adquiriendo nuevas necesidades...

FELICIA

Usted quiere vivir en un ambiente de lujo que no puede sostener.

DOÑA LUISA (*Con acritud.*)

Basta, gasto de lo que es mío, y a nadie debo cuentas. Sea por lo que fuere, me veo precisada a hacer economías, y... pensaba decirte...

FELICIA (*Resuelta.*)

Abreviemos: que soy yo la que sobro, ¿no es eso?

DOÑA LUISA

Precisamente, no es eso; pero tú eres ya una mujer; tu propia dignidad exige que no le debas a nadie el pan que comes...

FELICIA

Ya sé yo lo que me aconseja mi dignidad. Señora, mañana saldré de su casa, y usted se verá libre de una pesadilla, si es que otra más grande no viene a atormentarla.

DOÑA LUISA

Amenazas, ¿eh?

FELICIA

Es que es natural que así suceda. Confiese usted que su proceder no es justo ni humano. En fin, allá usted con su conciencia; yo soy joven; soy fuerte, y sé trabajar. Dios me ayudará. (*Vase.*)

DOÑA LUISA (*Respirando con fuerza*)

¡Ay! Ya salí del mal paso. Aunque no gaste mucho en ella, lo que emplea se lo quita a mi hija, y si la obligación es antes que la devoción, en este caso concreto, mi hija es mi obligación y mi devoción. Voy a verla; ya la habrán vestido, y de seguro estará más hermosa que un serafín. Un poquillo de escozor siento en el alma; pero mi amor maternal, mi ciego delirio por mi hija, acalla estos escrúpulos... Después de todo, ¿quién es para mí esa criatura? Hija de la mujer que después se casó con el que más tarde se casó conmigo, es decir, parienta mía, por aquello de que todos descendemos de nuestro padre Adán...; vaya, vaya, pecho al agua, y adelante con los faroles.

(*Va a salir, al tiempo que en la puerta aparece Isabel, ricamente vestida. Su madre queda como deslumbrada al verla.*)

¡Hija! Una aparición celestial creo que no hubiera producido en mí tan intensa admiración... ¡Qué hermosa estás, lucero, y cuán cumplidamente satisfaces mi vanidad de madre!

ISABEL

¿Te parezco bien?

DOÑA LUISA

Insuperable, hija mía. Y tú, ¿estás satisfecha?

ISABEL

Yo no; no estoy contenta.

DOÑA LUISA

¿Cómo, así? ¿Todavía querrías más?

ISABEL

Tengo más de lo que me hace falta.

DOÑA LUISA

¿Entonces?...

ISABEL

¿Qué hará Felicia mientras nosotras nos divertimos?

DOÑA LUISA (*Ap. con ira.*)

¡Siempre, Felicia! ¡Siempre ese obstáculo para entorpecer todos los actos de mi vida! (*A Isabel.*) No te preocupes de Felicia; ya sabes que a ella le agrada acostarse temprano: ¿no te lo ha dicho muchas veces?

ISABEL

Sí, porque su pobre cuerpo está rendido del trabajo, y su espíritu solamente encuentra satisfacción en el sueño.

DOÑA LUISA (*Ap. con desaliento.*)

¡Mi hija se constituye en mi acusadora, cuando por ella sacrifico la paz de mi conciencia! (*Aparentando jovialidad, a Isabel.*) ¡Miren la muñeca! Queriendo filosofar como una persona mayor...; anda, acompáñala, en tanto yo voy a arreglarme.

(*Salen las dos. La escena queda sola por un momento.*)

ISABEL, FELICIA (las dos abrazadas y muy conmovidas.)

ISABEL

Comprendo que tienes razón; por esta noche daré gusto a mamá yendo a la fiesta, pues si no fuera, el disgusto provocaría en ella un tabardillo; pero mañana... ya resolveremos lo que parezca mejor.

FELICIA

Yo ya lo he resuelto.

ISABEL (*Con energía.*)

Pero yo no, ¡caramba! ¿No se ha de tener nunca en cuenta mi opinión? Pues ya no voy siendo tan niña...: tengo once años cumplidos.

FELICIA (*Sonriendo.*)

Sí, ya nos damos cuenta de que eres persona de respeto y sensatez.

ISABEL

Pues, lo dicho: mañana hablaremos de nuestro porvenir.

DOÑA LUISA (*Llamando desde dentro.*)

Isabel, vamos.

ISABEL (*Despidiéndose.*)

Adiós, querida hermana; mira que no quiero que llores. (*Se abrazan y se va Isabel.*)

FELICIA (*Muy tristemente.*)

¡La última noche que paso en esta casa! Muy dolorosos son los recuerdos que llevo de ella; pero, ¿será mejor lo que me espera? ¡Dios mío! Inspiradme para que determine aquello que más conveniente me sea. Me iré a acostar, y, como dice Isabel, mañana resolveremos.

(*Disminúyese la luz del escenario y se corre el telón por unos momentos.*)

DOÑA LUISA, vestida con elegante salto de cama, se ocupa en alguna labor. Isabel entra y se dirige a ella dándole un beso

ISABEL

Buenos días, mamá. ¿Has descansado?

DOÑA LUISA

No tanto como tú. ¿Te levantas ahora?

ISABEL

No, hace ya rato que me he levantado; pero he estado hablando con Felicia.

DOÑA LUISA

¡Hola! ¿Y de cuándo acá es primero Felicia que tu madre?

ISABEL

Dejamos pendiente ayer un asunto de gran interés.

DOÑA LUISA

Y ese asunto, ¿es secreto para mí?

ISABEL

No; precisamente venía a hablarte de ello.

DOÑA LUISA (*Ap.*)

Sin duda se trata de Felicia.

ISABEL

Me ha dicho Felicia...

DOÑA LUISA (*Con disgusto.*)

¡No lo dije!

ISABEL

Que por no sé qué razones, tienes necesidad de hacer economías...

DOÑA LUISA

Es verdad.

ISABEL

Y que ella, para disminuir tus obligaciones y no serte gravosa, ha decidido salir de casa y acomodarse en alguna otra donde pueda ganar su subsistencia. ¿También esto es verdad?

DOÑA LUISA (*Secamente.*)

Sí, también es verdad.

ISABEL

Y tú ¿estás conforme con esa decisión?

DOÑA LUISA

Si es ése su gusto...

ISABEL

Pues, aunque sea su gusto (*Con intención.*), y tú no quieras contrariarla, yo me opongo con todas mis fuerzas.

DOÑA LUISA

Y ¿quién eres tú, para hablar en tono tan imperativo? ¿Qué razones te apoyan?

ISABEL

¿Crees que no te voy a convencer? Pues, escucha. Tú, que eres tan buena para mí y que tanto me quieres, no puedes ser cruel para Felicia, para mi hermana, para la pobre huérfana que acogiste desde su infancia y que te ha dado el mismo santo nombre con qué yo te llamo.

DOÑA LUISA

(*Ap.*) ¡Oh, la pícara! ¡Qué bien sabe defender su pleito!

ISABEL

Pero, aun hay más. Aunque hace ya cuatro años que falta papá, yo recuerdo muy bien las muchas veces que te recomendaba «nos igualaras, *siquiera aparentemente*, en tu cariño; pues era innoble y mezquino (*Doña Luisa hace un gesto de impaciencia.*) abusar del desamparo de una pobre niña, condenada a doble orfandad». (*Mirando a su madre fijamente y con gran entereza.*) ¿Qué tal? ¿No es éste un argumento de primera fuerza?

DOÑA LUISA (*Queriendo disimular su enojo.*)

Lo sería, si yo la hubiera obligado a adoptar esa determinación; pero desde el momento en que ella espontáneamente...

ISABEL (*Con malicioso acento.*)

¡Mamá!..., ¡mamá!...: me parece que no ha sido tan espontánea esa decisión. Tal vez tu memoria flaquea.

DOÑA LUISA

¿Y bien? Ya voy teniendo demasiada paciencia rindiéndote cuentas que no te debo; soy libre y dispongo de mis acciones, sin que nadie tenga derecho a inmiscuirse en ellas.

ISABEL

Está bien, mamá: perdóname si me he atrevido a hablarte en la forma que lo he hecho; pero yo vine a decirte que, si quieres reducir tus gastos, podías empezar por suprimir lo mucho que gastas en el colegio a que voy, que es el más caro de todos, y completaría mi educación en otro más modesto...

DOÑA LUISA (*Con desprecio.*)

Por ejemplo, en el que se educan las niñas del tabernero de la esquina...

ISABEL

Podías también suprimir los abonos en el teatro, el del coche y parte de lo que gastas en nuestros vestidos...

DOÑA LUISA (*Con ira.*)

¡Ea! Se acabó. Vete a estudiar tus lecciones, que es lo que te concierne. ¡Pues no faltaba más! ¡Mi hija, una chicuela que no ha salido del cascarón, abrogarse el derecho de censurarme y corregirme...! Sin duda obras por cuenta ajena.

ISABEL (*Enérgicamente, pero con respeto.*)

Te engañas: obro por cuenta propia, y ahora mismo voy a decirle a Felicia que, cumpliendo y respetando la voluntad de mi padre, quiero ser igual que ella, ya que ella no puede ser igual que yo. (*Se dirige hacia la puerta.*)

DOÑA LUISA

Eso ya lo veremos, hija ingrata. ¡Hasta ahí podían llegar las cosas!... (*Sale detrás de su hija.*)

FELICIA (*Con un abultado sobre en la mano.*)

Ha llegado el momento de abrir este misterioso sobre, que mi padre, el que realmente lo fué para mí, pues al que me dió vida no lo llegué a conocer, dejó en mi poder antes de embarcarse, como si un siniestro presentimiento le hubiera hecho ver su triste fin. (*Leyendo.*) «A mi hija Felicia, para que se entere de su contenido cuando por su edad o circunstancias se vea precisada a fijar una orientación a su porvenir.»

(*Hablando.*) En muchas ocasiones he pensado obrar como hoy tengo que hacerlo; pero he sufrido, he callado... y ha pasado la tempestad. Hoy, sin embargo, he oído bien terminantemente que no puedo seguir aquí, y esta situación humillante es fuerza que concluya...; veamos lo que este sobre encierra...: en él veo mi talismán, el poderoso amuleto que me hará inmune contra la desgracia y la maldad. Sí, padre mío, a quien venero: yo seré dócil a tus consejos, y aquello que tu voluntad me ordenare será ley sagrada para mí. (*Rompe el sobre y lee, emocionándose a medida que avanza en la lectura.*)

«Muy querida hija mía, hija, no por la naturaleza, pero sí por el amor profundo que tuve a tu santa madre; por tu bondad angelical y exquisita ternura, y por la compasión que me inspiras, al verte privada por la muerte de tus protectores naturales.

»Por si la desgracia me hiere de modo imprevisto, quiero, en lo que pueda, dejar arreglados mis asuntos.

»Al embarcarme, dejo a mi mujer la cantidad de 20.000 duros; pero, Dios me perdone si la ofendo: como el ciego amor maternal, es a veces causa de injusticias y pudiera suceder que no fuera su proceder todo lo equitativo que yo deseara, a fin de evitarte humillaciones y tal vez algo peor, a mi carta acompaña un cheque por valor de 25.000 pesetas, que fácilmente podrás cobrar en el caso de que mi mujer, que debe hacer para ti las veces de madre, te niegue su protección y su cariño.

»Si, por el contrario, su conducta fuera, siquiera en apariencia, lo que sin duda será para mi hija Isabel a quien tan tiernamente ama, dejo a tu buen juicio y recta conciencia el disponer de esta suma en la forma que juzgues conveniente.

»Corta es la cantidad; pero una vez realizados los negocios que me llevan a América, haré mi testamento legal, que, aunque modestamente, asegurará vuestro porvenir.

»Si sufres, hija mía, si ocupas en mi casa un lugar secundario y eres, por parte de los que están obligados a protegerte, blanco de sus desprecios y objeto de vejámenes, haz efectiva esta suma y vete a Zaragoza con mi hermana, que te recibirá con los brazos abiertos y te considerará como hija querida. Así lo tenemos convenido, en evitación de males que pudieran sobrevenir.

»Mucho me alegraría que esto no llegara a suceder, y que la mujer a quien te he entregado sea para ti lo que fuí yo, cuando tu madre te confió a mi protección.

»Dios te bendiga, hija querida, como yo te bendigo, y te conserve tan noble, dulce y buena como has sido siempre, y Dios quiera también que vuelva a abrazaros tu padre que tan tiernamente os ama a todas, Anselmo Quiñones.»

(*Hablando con voz trémula después de haber enjugado sus ojos.*) ¡Padre querido! ¡Cuánta rectitud en tus acciones! ¡cuánta nobleza en tu alma! ¡cuánta santidad en tu vida! Ya sabía yo que no esperaba en vano y que tu tierna previsión habría sabido ponerme a cubierto del horrible infortunio a que me induce el egoísmo de esta mujer, que me aborrece sin causa y me sacrifica sin piedad. ¡Bendita sea mil veces tu santa memoria, que quiero honrar imitando tus excelsas virtudes. (*Queda unos momentos pensativa y llorosa.*)

FELICIA, ISABEL

ISABEL (*Aproximándose a Felicia y observando su semblante.*)

¿Lloras? Yo también he llorado; mamá está muy enfadada conmigo...

FELICIA

¿Por qué razón, queridita?

ISABEL

Le he dicho que quería ser igual que tú, si tú no puedes ser igual que yo...

FELICIA

¡Ya lo creo! ¿No se había de enfadar?

ISABEL (*Llorando y abrazando fuertemente a Felicia.*)

Es que yo no quiero que te vayas; quiero que estés en casa y seas mi hermana (*Cada vez con mayor vehemencia.*), y vayas adonde vayamos mamá y yo, y en vez de vestidos viejos y feos, los lleves como los míos, y venderé mis joyas para comprarte lo que necesites y no parezcas una criada...

FELICIA (*Acariciándola con entusiasmo.*)

Eso, hermosa mía, ni lo consentiría yo ni lo consentiría tu madre.

Las mismas, DOÑA LUISA, que desde la puerta ha oído algo de lo dicho por FELICIA.

DOÑA LUISA

(*A Felicia.*) ¿Qué decías?

FELICIA

Decía... que esta sublime criatura no puede ser su hija.

DOÑA LUISA

Tú dirás...

FELICIA

¡Si usted supiera lo que me propone!...

DOÑA LUISA

Cualquier majadería: no quiero saberlo. Pero, en fin: querías hablarme, y vengo a ver qué te ocurre.

FELICIA

En efecto; ayer me dijo usted algo que me hirió profundamente y que no quiero volver a oir.

DOÑA LUISA

Para tu humilde condición es muy exagerada tu susceptibilidad.

FELICIA

Tal vez eso consiste en el valor que le demos a nuestra dignidad: yo le doy tanto, que, para mí, no hay tesoro que valga tanto como la mía.

DOÑA LUISA (*Con sarcasmo.*)

¿Y podrás comer con la renta que te produce?

FELICIA

Acaso, sí: esta noche pienso marchar a Zaragoza para residir con la hermana de mi padre, la que tal vez me espera.

ISABEL

No, mamá; yo no quiero que se vaya... y no debe irse... y no se irá (*Muy enérgicamente.*), porque sería una crueldad... y una vergüenza.

DOÑA LUISA (*Impaciente.*)

¡Calla, majadera! (*A Felicia.*) ¿Y tú has contado conque para viajar se necesita dinero? ¿Y si yo te lo negara?

FELICIA

Ni se lo pido a usted ni lo necesito.

DOÑA LUISA (*Muy sorprendida.*)

¿Que no lo necesitas? ¿Acaso algún hada bienhechora te favorece con sus dones?

FELICIA

Ni más, ni menos. (*Entregándole la carta.*) Juzgue usted por sí misma.

DOÑA LUISA (*Lee en voz baja, y su rostro expresa las impresiones que recibe. Le devuelve la carta llena de ira.*)

Estas 25.000 pesetas se las roba tu padre a mi hija, que es a la que le corresponden.

FELICIA

Respeto su voluntad y obedezco sus consejos.

DOÑA LUISA

(*Ap. a Isabel.*) Insiste en que se quede; después de todo, yo la quiero también...

ISABEL

¡No te vayas, hermanita! Mamá también desea que te quedes.

FELICIA (*Mirando despreciativamente a doña Luisa.*)

Tu madre, querida mía, se interesa tardíamente por mí. Tu padre me manda que me vaya, y he jurado obedecerle.

DOÑA LUISA (*Ap.*)

¡Diantre! ¡Tan bien como me vendría que se quedara!... porque mi capital ha tomado las de Villadiego... ¡y cualquiera lo recupera!... (*A Felicia.*) Tú dispones...; después de todo, esta determinación es tuya, solamente tuya... (*Muy amable y servil*); ya recordarás que yo nada te he dicho, y... ¡qué caramba!, todas tenemos nuestras imperfecciones y nuestros arrebatos...

FELICIA

Sí, señora: perdone usted los míos y olvide mis faltas. (*A Isabel.*) Adiós, ángel mío; yo compensaré con mi cariño y mis dádivas tu ternura y tu desinterés.

DOÑA LUISA (*Queriendo hacer la última tentativa.*)

Pero, por fin... (*Ap.*) ¡Vaya si me he fastidiado!

FELICIA

Irrevocablemente.

ISABEL

Yo soy la que inocentemente sufro el castigo y lloro sus consecuencias.

FELICIA

Tú tienes madre que te consuele y, en mí, una hermana que no te olvidará, ¡te lo juro!, y también que iré a verte. Dios te proteja, ángel de mi vida (*Abrazándola efusivamente.*), y usted, señora, (*A doña Luisa.*) permítame también que la abrace.

DOÑA LUISA (*Con indiferencia.*)

¡Ya lo creo! ¿Por qué no? (*Se abrazan muy ceremoniosamente, y sale Felicia volviendo desde la puerta a abrazar a Isabel, que llora con desconsuelo.*)

DOÑA LUISA (*Ap.*)

¡Vaya si he estado oportuna! (*A Isabel.*) Hija mía, la ingrata nos dejó solitas.

ISABEL (*Con entereza.*)

Por mí, lloro esta soledad; por ti, madre mía, me avergüenzo de ella.

TELÓN

VIDA BOHEMIA

PERSONAJES

JOAQUÍN, MAURICIO, ENRIQUE, EL CASERO

Sala miserablemente amueblada: ha de haber un estante con libros, una mesa con varios chismes en desorden, entre ellos un hornillo de gas o alcohol y algunos utensilios de cocina.

JOAQUÍN y MAURICIO, el primero cociendo en el hornillo

JOAQUÍN

Nunca creí que estas ocupaciones femeniles ofrecieran tanta dificultad; pero es la verdad que no sé cómo arreglármelas para aderezar nuestra comida.

MAURICIO

Eres muy torpe: dame acá, y verás cómo en un periquete preparo yo un almuerzo digno de un príncipe.

JOAQUÍN

Veamos, veamos de dónde sacas esas habilidades culinarias.

MAURICIO

Culi... ¿qué?

JOAQUÍN (*Bostezando.*)

Despacha pronto, porque mi estómago protesta de estos retrasos.

MAURICIO

Que se aguante un poco más; ahora tomaremos de una vez el desayuno y el almuerzo.

JOAQUÍN

¿Por dónde vas a empezar?

MAURICIO

Primeramente haré un par de huevos fritos para cada uno.

JOAQUÍN

Si no hay más que cuatro..., ¿qué comerá Enrique cuando venga?

MAURICIO

Que se espavile, porque no ha venido antes.

JOAQUÍN

No le importará gran cosa: ese se mantiene de la luz de la luna y de la espuma del mar.

MAURICIO (*Que ha estado buscando algo.*)

¿Sabes que no encuentro ni aceite ni manteca?

JOAQUÍN

¡Ay Dios! (*Después de una pausa.*) ¿Qué tal, si empleáramos el aceite de hígado de bacalao que toma Enrique?

MAURICIO

¡Oh!, sería altamente nutritivo; pero...prefiero freir los huevos con agua.

JOAQUÍN

Siempre será más económico y, sobre todo... más inofensivo.

MAURICIO

Aprobado por unanimidad. ¿Qué se echará primero, los huevos o el agua?

JOAQUÍN

Hombre, yo creo que los huevos.

MAURICIO (*Rompiendo los huevos en una cacerola.*)

Pues, allá va. Uno, dos, tres, cuatro. Ahora, procedamos a su bautizo. (*Coge un jarro con agua.*) En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...; la sal ¿la pongo ahora o lo sazona cada cual según su gusto?

JOAQUÍN

Ahora será mejor; digo, me parece a mí.

MAURICIO

¿Una buena cucharada por cada huevo?

JOAQUÍN

Sí; ya le pondremos más si tiene poca.

MAURICIO (*Mirando la cacerola con satisfacción.*)

Mira qué buen aspecto van presentando.

JOAQUÍN

Seguramente, mejor que nosotros.

MAURICIO

Ahora vengan las sardinitas.

JOAQUÍN

De eso entiendo más.

MAURICIO

Pues anda: entiéndete con ellas.

JOAQUÍN

Advirtiendo que su limpieza se suprime: ¿quién repara en fruslerías?

MAURICIO

Yo no me acomodo a llamar frusleria a la limpieza.

JOAQUÍN

No digo yo a la personal; pero a la sardineril...

MAURICIO

Bueno, bueno: como quieras.

JOAQUÍN

El pescado ha de rebozarse con harina para freirlo: veamos si Cecilia ha dejado por aquí alguna. (*Cogiendo un papelito con polvos blancos.*) Sí, efectivamente, esto debe ser harina.

MAURICIO (*Riendo.*)

¿Y las vas a freir por el mismo procedimiento que yo, los huevos?

JOAQUÍN (*Enharinando las sardinas.*)

¿Qué remedio queda?

MAURICIO

Más valía que las hubiéramos comprado saladas.

JOAQUÍN

¡Ah! ¿sí? Pues no te apures por eso. Precisamente la sal es lo único que tenemos abundante, y nada importará que se les haya puesto harina. (*Toma la sal y llena de ella las sardinas.*) Sal, sal por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

MAURICIO (*Riéndose.*)

Ahora tenemos que prensarlas.

JOAQUÍN (*Mirando en torno suyo.*)

¡Magnífica idea!: los libros de Enrique no dejarán de llenar el objeto. (*Se dirige al estante, y entre unos tomos coloca las sardinas.*)

Dichos, ENRIQUE, que parado un momento en la puerta ha visto lo hecho

ENRIQUE

¡Salvajes! ¿Qué estáis haciendo?

JOAQUÍN

¡Camarada! No hay que asustarse. Necesitábamos una prensa...

ENRIQUE

Y habéis cogido a Ovidio y Homero...

MAURICIO (*Con grandes carcajadas.*)

¡Chico! Una prensa verdaderamente clásica.

JOAQUÍN

En fin, ya te limpiaremos tus libros. ¿Comes con nosotros?

ENRIQUE

No, yo no como esas porquerías con que vosotros os refociláis.

MAURICIO (*Con burla.*)

¡Miren el damiselo, y qué humos se gasta!

JOAQUÍN ha estado arreglando un ángulo de la mesa para comer, y MAURICIO le ayuda poniendo pan, vino, etc. Ambos se sientan y principian a comer.

JOAQUÍN (*Haciendo gestos.*)

¿Sabes que los huevos están un tantico salados?

MAURICIO

Pues deja que pruebes las sardinas que tú has preparado.

JOAQUÍN (*Las lleva a la mesa, y prueba de ellas disimulando en parte la desagradable sensación que le causan.*)

Tienen un saborcillo un poco extraño...; pero vaya... se pueden comer.

MAURICIO (*Las prueba y hace grandes ascos.*)

¡Uf! ¡Las infames! Ni en el sitio de Gerona hubieran pasado.

ENRIQUE (*Con el papel de los polvos blancos en la mano.*)

¿Habéis empleado esto para vuestros guisos?

JOAQUÍN y MAURICIO (*Al mismo tiempo y alarmados.*)

Sí. ¿Acaso no es harina?
¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?

ENRIQUE (*Riéndose.*)

No os apuréis, son los polvos que usa Cecilia para limpiar metales.

MAURICIO

¡Oh, Cecilia, Cecilia! ¡En qué aprieto nos pone tu ausencia!

ENRIQUE

Sí, desde que ella no está, al orden y acierto de su prudente gobierno ha sucedido la anarquía.

MAURICIO

Porque no queréis someteros a mi paternal gobierno.

JOAQUÍN (*Con desprecio.*)

¡Valiente páter!

ENRIQUE (*Abstraído en una idea.*)

¡Pobre niña! Cinco años hace que la recogimos de manos de aquella mujer indigna que tan cruelmente abusaba de su orfandad. ¿Os acordáis, amigos míos?

MAURICIO

¡Cualquiera se olvida de aquello!

ENRIQUE

Desfallecida por el hambre y aterida de frío, aquel ángel no tenía voz ni fuerzas para brindar sus periódicos, y su tía la pellizcaba para obligarla...

JOAQUÍN

Entonces, nosotros, arremetimos contra la tía, y le quitamos a la niña...

MAURICIO

Sí, comprometiéndonos a entregarle 15 pesetas al mes por espacio de dos años.

ENRIQUE

Felizmente ya estamos libres del compromiso, y, dicho sea en honor de la verdad, aquella pícara no nos ha vuelto a molestar con nuevas exigencias.

JOAQUÍN (*Con pasión.*)

¡Y qué hermosa se nos ha puesto la muchacha!

MAURICIO (*Id.*)

¡Y qué inteligencia la suya!

ENRIQUE (*Id.*)

¡Y cuánta nobleza y bondad hay en su alma! Por supuesto, hay que advertir que ya va siendo una mujercita: ¡tiene diez y seis años!

JOAQUÍN (*Pensativo.*)

Hace tiempo que lo voy advirtiendo.

MAURICIO (*Id.*)

También hace ya tiempo que he dejado de tratarla como a una hermanita pequeña.

ENRIQUE (*Alarmado.*)

¿Acaso seréis capaces de enamoraros de ella?

JOAQUÍN

¿Qué tendría de particular?

MAURICIO

Eso digo yo: no siempre hemos de estar viviendo la vida bohemia.

JOAQUÍN (*Seriamente.*)

En ese caso, tendríamos que echarla a suertes.

ENRIQUE (*Con entereza.*)

¡Imbéciles! El amor de una mujer no se sortea, se lucha para merecerlo y conquistarlo.

MAURICIO

No te las eches de Catón: tú no eres franco; tú encubres tus sentimientos; pero bien se comprende que algo te escarabajea en el corazón.

ENRIQUE

El mismo derecho tengo a ella que vosotros, y no es cosa que vayamos a buscar querellas, ya que nuestra amistad ha salido incólume de tantas pruebas y tantos obstáculos.

MAURICIO

Obsta... ¿qué?

JOAQUÍN

Sí, sí: vayamos con cuidado; no se convierta nuestra pequeña protegida en la serpiente de este paraíso. (*Señalando burlescamente a la habitación.*)

MAURICIO

Un paraíso en que no hay más que adanes.

ENRIQUE (*Que ha cogido un libro en el que lee a ratos.*)

Porque se ha ido nuestra Eva.

MAURICIO

¡Ay, qué gracia!: una Eva para los tres.

JOAQUÍN

¡Quién había de sospechar esto hace cinco años!

MAURICIO

No hay más remedio que tomar una determinación, y propongo que cada uno le escribamos una carta por separado, para que ella elija.

JOAQUÍN

Andando: quiero ser el primero para llevar alguna ventaja.

ENRIQUE

Y ¿qué le vas a ofrecer?

JOAQUÍN

Mi corazón y mi apellido...: seré un marido modelo.

ENRIQUE

No me parece que eso debe alimentar mucho.

MAURICIO

Y tú, poeta, ¿dices eso?

ENRIQUE

El poeta no es un ser falto de sentido común: la poesía alimentará mi espíritu; pero no mi organismo.

MAURICIO

Trabajaremos, nos adecentaremos y, después... (*Se oye de dentro el sonido de un timbre.*)

JOAQUÍN

¡Sensacional! ¿Quién podrá ser?

ENRIQUE

Seguramente no vendrán a traer dinero.

MAURICIO (*Con convicción.*)

Más seguro es que no vengan a llevárselo. Sal tú, Enrique, que eres el ministro de Hacienda.

JOAQUÍN

Sí, por lo que pudiere tronar.

ENRIQUE

Ves tú, Mauricio; yo me siento hoy muy desabrido. (*Vase Mauricio.*)

ENRIQUE (*Ap.*)

No deja de tener sus atractivos este género de vida; pero ya me voy cansando.

MAURICIO (*Desde dentro.*)

Un respiro, señor Taleguilla: un pequeño respiro de una semana...

CASERO (*Dentro.*)

No espero más: no, no y no.

(*Enrique y Joaquín han quedado muy silenciosos escuchando.*)

JOAQUÍN

Muy enérgico viene el atrevido... ¿Tú no tienes algún huesecillo con qué entretener al perro?

ENRIQUE (*Volviendo sus bolsillos del revés.*)

Mira, más limpios que cuando salieron de las manos del sastre.

JOAQUÍN

Lo raro es que te acuerdes de cómo estaban.

MAURICIO (*En la puerta.*)

Pase, pase, señor Taleguilla, y lo mismo que yo le he dicho, le dirán mis amigos.

CASERO (*Entrando.*)

Señores... (*A Joaquín y Enrique, que se levantan y le ofrecen una silla muy atentos y obsequiosos.*)

MAURICIO (*Desde la puerta.*)

Ahora, que mis compañeros se las compongan con él.

CASERO (*Mal humorado.*)

Señores, no vengo a hacer ni a que me hagan cumplidos...

JOAQUÍN (*Sin darse por entendido.*)

Es usted muy amable, señor Taleguilla, y tendremos mucho gusto en servirle...

CASERO (*Más amable.*)

Me complace encontrar a ustedes en tan buenas disposiciones.

JOAQUÍN

Sí, señor; a la disposición de usted.

CASERO

Pues venía...

ENRIQUE (*Tomándole el bastón y colocándole el sombrero que se ha quitado al entrar.*)

Pero ¡qué atolondrado! Con la satisfacción de su visita, no le he dicho que se pusiera el sombrero...

CASERO (*Mirando la habitación.*)

Sí, aquí se siente un poco de frío...

JOAQUÍN

Pues no deja de haber confort...

CASERO (*A Enrique, que se sienta taciturno.*)

¿Se encuentra usted malo, joven?

JOAQUÍN

Muy mal está, señor. En este instante... (*En tono confidencial*) estamos seriamente preocupados; hace pocos días tuvo un acceso de locura furiosa, y mi amigo y yo nos vimos muy comprometidos.

CASERO (*Muy alarmado.*)

¿Y ahora?...

JOAQUÍN

Observo los mismos síntomas que cuando se manifestó el primer ataque...

CASERO (*Impaciente.*)

Pues, amigos míos, desearía terminar cuanto antes el asunto...: así que les agradecería me entregasen en seguida el importe de estos cuatro recibos, o sean los cuatro meses de alquiler de casa que deben...

Enrique, que ha dejado hablar a Joaquín y ha quedado preocupado y distraído, se levanta de improviso, dando en el suelo un fuerte golpe con el bastón del Casero que ha conservado en sus manos.

JOAQUÍN (*Ap. al Casero.*)

¿No lo dije? Ya lo tiene encima si Dios no lo remedia.

CASERO (*Dando muestras de gran espanto.*)

Por Dios y por los santos: despache pronto. (*Ap.*) A ver si la cosa se complica, y pierdo más que lo que valen los alquileres.

JOAQUÍN (*Mirando receloso a Enrique, ap. al Casero.*)

Mi intranquilidad aumenta, y voy a buscar a mi amigo; hay que prevenirse.

CASERO (*Cogiéndose a Joaquín.*)

Amigo mío, no consiento en quedarme solo con él.

ENRIQUE (*muy solícito al Casero.*)

Observo que está usted algo excitado; le juro que haremos lo posible por complacerle.

JOAQUÍN (*Haciendo guiños al Casero y escurriéndose para salir.*)

Sí, señor. Le complaceremos en todo; pero calma, mucha calma, nada de nervios, pues la excitación nerviosa puede dar malos resultados. (*Vase Joaquín poco a poco.*)

ENRIQUE, CASERO

ENRIQUE

Sepa usted, señor, que he resuelto cambiar de vida, y puntualmente se le abonarán a usted sus alquileres.

CASERO (*Muy azarado y con mucha amabilidad.*)

¡Oh! ¡caballero! No hay que preocuparse por esas pequeñeces...

ENRIQUE (*Muy sorprendido.*)

¿Eh?

CASERO

Sí, ya arreglaremos el asunto con sus amigos; usted tranquilícese.

ENRIQUE (*Ap.*)

¿Qué enredos habrán fraguado esos tarambanas? (*Dando otro golpe con el bastón y haciendo un movimiento de impaciencia.*) Pero hay que arreglar esto.

CASERO (*Mirando a todas partes con indecible terror.*)

Joven..., me parece... ¿Quiere usted que llame a sus amigos?

ENRIQUE

No hay necesidad... ¿No nos bastamos usted y yo?

CASERO (*Desconfiado.*)

Eso... según para qué.

ENRIQUE (*Jugueteando con el bastón.*)

Pues... para el asunto que tenemos entre manos.

CASERO (*Asustadísimo ap.*)

¡Ay!... Si yo entre manos no veo más que el bastón...

ENRIQUE (*Dirigiéndose con decisión al Casero.*)

Su extraña actitud...

CASERO (*Yendo hacia la puerta y llamando.*)

¡Señores!

ENRIQUE (*Con energía.*)

Desearía que me explicase...

CASERO (*Desesperadamente.*)

¡Señores, por favor!

Dichos, MAURICIO, JOAQUÍN

MAURICIO

¿Qué sucede?

CASERO (*Balbuciente y tembloroso.*)

¡El ataque! ¡El ataque furioso!

Joaquín y Enrique hablan aparte y en secreto, haciendo el primero señas de inteligencia con Mauricio y el Casero

MAURICIO (*Al Casero ap.*)

Ya nos avisó el médico que era fácil le repitiese el ataque y tal vez con mayor intensidad. ¡Oh!, no hay que andarse con bromas.

ENRIQUE (*Con gran energía.*)

No, no haré ese papel. (*Al Casero.*) No hay que hacer caso a mis amigos: son unos excelentes muchachos; pero un poco atolondrados.

Mauricio y Joaquín hacen señas al Casero, que manifiesta comprender

JOAQUÍN (*Ap. a Enrique.*)

Pero hombre, no seas majadero: reflexiona que así nos salvas... al menos por ahora.

ENRIQUE (*Con mal humor y enarbolando casualmente el bastón.*)

He dicho que no me presto a eso.

MAURICIO (*Ap. al Casero.*)

Querido señor, créame: lo mejor que puede usted hacer es retirarse, porque no sé a lo que podremos llegar.

CASERO

Pero los recibos...

MAURICIO

¿Quién se acuerda de recibos en estos momentos? Aproveche mientras mi amigo trata de calmarle; ya volverá cuando haya pasado el peligro.

CASERO (*Mirando con recelo a Enrique que habla algo exaltado con Joaquín.*)

Sí, tal vez sea lo mejor...

MAURICIO (*Empujándole.*)

Pues pronto, pronto...

El Casero se deja conducir hacia la puerta, sin atreverse a dar la espalda a Enrique.

ENRIQUE (*Al ver que se dirige hacia la puerta.*)

Señor Taleguilla.... señor Taleguilla...: que se olvida de su bastón.

MAURICIO (*Empujándole vivamente.*)

¡Cualquiera se atreve a tomárselo! Ya se lo guardaremos.

El Casero se decide por irse, dando siempre muestras exageradas de sobresalto. Mauricio le acompaña.

JOAQUÍN, ENRIQUE

ENRIQUE

¡Vaya una comedia indigna!

JOAQUÍN

Muy digna, digo yo, pues que dignamente nos ha sacado del conflicto.

ENRIQUE

Que volverá a presentarse mañana... ¡y supongo que no me dará otro ataque de locura!

JOAQUÍN

¡Mañana!, ¡mañana! Pudiera darme a mí, para variar; a saber lo que puede ocurrir en ese tiempo.

MAURICIO (*Entrando y riendo a carcajadas.*)

¿Eh, qué tal? Le he referido tales detalles de tus ataques, que ni en la calle se creía libre de tus furias.

JOAQUÍN

¡Pobre hombre! Me ha hecho reir su candidez.

MAURICIO

¡Dios mío! ¡Cándido un casero!

Óyese nuevamente el timbre: los tres se miran en silencio sin moverse de su sitio.

ENRIQUE

Es cosa de ir a enterarse...: yo iré.

JOAQUÍN

Si fuera nuevamente el casero...

MAURICIO

Le faltará tiempo para echar a correr en cuanto vea a Enrique.

ENRIQUE (*Entra muy alegre enseñando una carta.*)

Carta de nuestra pequeña...: noticias de nuestra querida Cecilia.

JOAQUÍN

Esto es para borrar la mala impresión...: el casero me ha dejado una amargor en la boca...

MAURICIO

Lee, lee pronto, claro y bien: a ver si la niña se acuerda de nosotros como nosotros de ella.

ENRIQUE (*Emocionado abriendo la carta.*)

Veamos qué dice el ángel de la casa. (*Leyendo.*) «Queridos hermanos, inolvidables protectores de mi triste orfandad, cariñosos y nobles amigos: Al venir aquí, llamada por esta anciana parienta a quien no conocía, creí que muy pronto volvería a vuestro lado a participar con vosotros de vuestras alegrías y vuestras miserias...

MAURICIO

Más bien lo último...

ENRIQUE (*Leyendo.*)

»Pero parece que el destino prepara las cosas de muy distinta manera.

JOAQUÍN

¡Hola, hola!

ENRIQUE (*Leyendo.*)

«¿Os acordáis de mí? ¿Cómo gobernáis vuestra casa?

MAURICIO

De ninguna manera.

ENRIQUE (*Leyendo.*)

»¿Echáis de menos mi presencia? (*Ap.*) Por mi parte, como la planta acostumbrada al sol, que guardaran en un sótano. (*Sigue leyendo en voz alta.*)

»Yo pienso siempre en vosotros, y mi afecto se comparte por igual entre los tres...

JOAQUÍN

¡Malo!

MAURICIO

No es eso precisamente lo que desearíamos.

ENRIQUE (*Leyendo.*)

»Pero tú, Enrique, menos bullicioso y más delicado ..

MAURICIO (*Interrumpiendo.*)

No estoy conforme.

ENRIQUE (*Leyendo.*)

»De salud...

MAURICIO

Eso es otra cosa: estaba dispuesto a protestar.

ENRIQUE (*Leyendo.*)

»Creo que estás más necesitado de mis cuidados que esos torbellinos, con los que tantas veces tenía que reñir.

JOAQUÍN

¡Oh, tiempos felices!

ENRIQUE (*Leyendo.*)

»Soy dichosa anunciándoos que, aunque muy mezquinamente, puedo hoy compensar algo de lo que materialmente habéis hecho por mí...

MAURICIO

¡A ver, a ver! Lee eso nuevamente.

JOAQUÍN

Calla, y que siga leyendo: ya descifraremos el enigma.

ENRIQUE (*Conmovido.*)

»Puedo hoy compensar algo de lo que materialmente habéis hecho por mí, pues los inmensos beneficios morales que de vosotros he recibido, me encuentro incapaz de pagároslos.

MAURICIO

¡Oh! Nuestra Cecilia es una *rara avis*, porque es... hasta agradecida.

JOAQUÍN

Continúa: esto es mil veces más interesante que las aventuras de...

ENRIQUE (*Leyendo.*)

»Vosotros habéis velado con fraternal cariño mis sueños de niña, y me habéis dado a conocer el valor de mi dignidad de mujer; habéis mermado vuestro ya escaso alimento para compartirlo conmigo...

JOAQUÍN

¡Pícara muchacha! Pues no me está enterneciendo...

MAURICIO

Es que es una joya nuestra niña.

ENRIQUE (*Ap.*)

Bien lo había yo adivinado. (*Leyendo.*) »Habéis pasado frío para abrigarme, y finalmente... me permito creer que habéis inculcado en mi alma algo de la grandeza de la vuestra. (*Dejando de leer.*) Tu alma, querida niña, hubiera sido grande entre las suciedades del arroyo. (*A sus amigos.*) Perdonad este paréntesis; continúo. (*Leyendo.*)

»Mañana recibiréis una visita que os entregará a cada uno 2.000 pesetas... (*Detiene la lectura para mirar a sus amigos.*)

MAURICIO (*Haciendo grandes demostraciones de sorpresa.*)

¡Cáspita! ¿Qué significa eso?

JOAQUÍN (*También muy sorprendido.*)

¿Pero, de dónde le habrán llovido esos caudales?

ENRIQUE

No me interrumpáis, y ya lo sabremos. (*Leyendo.*) »Me parece estar viendo el asombro que os producirán estos renglones, y voy a explicároslo.

»El hijo de mi tía, que emigró a la Argentina hace algunos años, ha vuelto hace poco con un capital de 75.000 duros, y mi tía os hace ese regalo.

MAURICIO y JOAQUÍN (*Dando brincos y tirando al alto lo que encuentran a mano.*)

¡Viva Cecilia!
¡Viva su tía!
¡Viva el emigrante!
¡Vivan los bohemios!

MAURICIO (*A Enrique.*)

¡Pero hombre! ¿Tú no te alegras?

ENRIQUE (*Sonriendo forzadamente.*)

¡Ya lo creo!; pero ya me conocéis. Mi alegría... os encargáis vosotros de exteriorizarla. Dejadme concluir, que ya falta poco, y lo más sabroso siempre se guarda para lo último.

MAURICIO y JOAQUÍN

Ya no rechisto.
Acaba y veamos.

ENRIQUE (*Leyendo.*)

»Una condición pongo: ya veis que no soy muy generosa, y es que habéis de venir los tres a traerme cada uno vuestro regalo de boda (*La voz de Enrique es entrecortada por la emoción.*), pues me caso con mi primo dentro de dos meses.»

MAURICIO y JOAQUÍN

¡Nos hemos lucido!

Se quedan los tres inmóviles y mirándose unos a otros. Enrique deja caer la carta y los brazos con gran desaliento. Telón rápido.

Las últimas frases ha debido decirlas Enrique muy despacio, en tono más alto y con mucha expresión.

HAZ BIEN SIN MIRAR A QUIÉN

PERSONAJES

SOFÍA, ADELA (catorce años), CARLOTA, DIONISIA

La escena representa una sala

SOFÍA, en traje de calle. CARLOTA

CARLOTA

No esperábamos tan pronto a la señora.

SOFÍA

Efectivamente, al salir me despedí hasta la noche, pues esa era mi intención; pero insistentes rumores de algaradas y desmanes realizados por los huelguistas, me han obligado a apresurar el regreso. ¿Y Adela?

CARLOTA (*Algo turbada.*)

Hace un momento estaba por aquí, siempre con su libro en la mano.

SOFÍA

Le recomendé mucho que no dejara de estudiar perfectamente su lección de alemán.

CARLOTA

¡Vaya un gusto que tiene la señora en hacer trabajar a la pobre niña para que nadie la entienda!

SOFÍA

No la entenderá quien no sepa este idioma.

CARLOTA

Pero ¿es que hay alguien que lo comprenda? ¿Se habla eso en alguna parte del mundo?

SOFÍA

Es claro que se habla, mujer.

CARLOTA

Sí, sí, pues que lo aprenda: ya verá lo que sucede.

SOFÍA

¿Pues y eso?

CARLOTA

Que el que toma esos resabios cuando niño, nunca los deja. Yo serví a unos señores franceses que tenían dos niños, y cuando los volví a ver hechos hombres, no habían olvidado su maldita lengua.

SOFÍA

Como tú no olvidas la tuya.

CARLOTA

Pero, señora, no es igual: yo hablo lo que habla y entiende todo el mundo: hablo lengua de cristianos.

SOFÍA

Bien, basta de simplezas. Vete a buscar a Adela, y dile que estoy aquí.

CARLOTA (*Desentendiéndose.*)

¿Quiere la señora un refresco? Tal vez se encuentra acalorada.

SOFÍA

No, gracias: no tengo sed.

CARLOTA

Déme el sombrero y la sombrilla: quedará más descansada.

SOFÍA (*Dándole esos objetos.*)

Toma, y haz lo que te he dicho.

CARLOTA (*Sin moverse.*)

Voy en seguida. También el portero ha dicho que los huelguistas van formando grupos y asaltando las fábricas.

SOFÍA (*Preocupada.*)

Sí, quieren imponerse recurriendo a la violencia... (*Ligera pausa.*); pero esa niña...

CARLOTA (*Impaciente.*)

(*Ap.*) Esa niña que no viene... Me va a ser imposible ocultar su falta. (*Alto.*) Voy, señora, voy a buscarla. (*Vase.*)

SOFÍA

No sé qué es lo que aquí sucede. Hace tiempo mi hija tiene secretos para mí; con frecuencia la veo turbada, y si le pregunto, rehuye la respuesta o me contesta con engaño. Y no me cabe duda: Carlota es su encubridora; su ciego cariño por esa niña a quien ha visto nacer, a quien ha criado, creo que acabará por perjudicar a mi hija. ¿Pero de qué puede tratarse? La poca edad de Adela, su ingenuidad, su candor, alejan de mi mente ciertas sospechas; no obstante, he de inquirir lo que quiera que sea.

ADELA (*Entra sofocada, con los cabellos en desorden y cubierta de polvo.*)

Mamá, como no te esperaba a estas horas estaba descuidada... Carlota me ha dicho que me llamabas...

SOFÍA (*Mirándola con recelo.*)

Es verdad que te llamo hace rato, y no me explico que no te hayas enterado de mi vuelta... (*Pequeña pausa en que Adela se muestra turbada.*)

Veamos si has aprovechado bien el tiempo. ¿Has estudiado el pasaje que te señalé?

ADELA (*Titubeando.*)

Algo he estudiado...

SOFÍA

¿Nada más que algo?

CARLOTA (*Entra en este momento y mira con intención a Adela.*)

Pues digo, niña; si no lo sabes, no será porque hayas dejado los libros en toda la mañana, sino por culpa de esas endiabladas jerigonzas que te quieren meter en la cabeza.

SOFÍA

¿Callarás tú, bachillera?

CARLOTA

A más, señora, la niña no se encuentra bien.

SOFÍA

¿Cómo no me lo has dicho desde luego?

CARLOTA

Creí que quizá le pasaría...

SOFÍA

¿Es cierto, hija mía, que te sientes mal?

ADELA

Sí, mamá: tengo mucho dolor de cabeza...

SOFÍA

En efecto, tu semblante está demudado (*Tocando su frente y sus manos.*), y hasta creo que estás algo febril. ¿Tienes frío?

ADELA

Algunos estremecimientos...

SOFÍA

¿Angustias del estómago, náuseas?...

ADELA (*Vivamente.*)

¡Oh, sí; eso sí!

SOFÍA

Lo mismo que me figuraba. Pues nada, los males hay que atajarlos en sus comienzos: que Carlota te acompañe inmediatamente a la cama; guardarás dieta rigurosa; te prepararé una purga, y si no basta esto, haremos venir al médico.

ADELA (*Muy contrariada.*)

Mamá, yo creo que no hay necesidad de nada de eso: indudablemente me pasará...

SOFÍA

Hija mía, más vale prevenir que remediar... y puedes creer que siento mucho esta casualidad, pues precisamente tus primos vendrán a merendar con nosotros. Yo he traído algunas golosinas de tu gusto, y no podrás participar de la fiesta. (*Ap.*) Yo te daré qué sentir para que no mientas.

CARLOTA (*Ap.*)

¿A que van a hacer que enferme de verdad?

ADELA

Haré lo que quieras, mamá; pero ya me voy encontrando mejor; tal vez el sol...

SOFÍA (*Con malicia.*)

¿El sol... en tu gabinete de estudio?

ADELA (*Ap. muy contrariada.*)

No sé lo que digo; mi turbación me pierde.

CARLOTA

Es natural: tuvo la ocurrencia de irse a estudiar al jardín para calentarse los sesos todavía más.

SOFÍA (*Imperiosamente.*)

Basta ya: acompaña a la niña a la cama, y en seguida dispón el comedor para la merienda. Yo voy a dar algunas órdenes en la cocina. (*Vase.*)

CARLOTA

Niña mía, no hay más remedio...: quien manda manda... y chitón. Pero dime, pícara: ¿adónde has ido en tan larga correría? ¿No sabes que mamá no quiere que salgas sola?

ADELA

Tienes razón; pero no tenía más remedio: un asunto urgente...

CARLOTA

¡Tú, asuntos urgentes... y secretos?

ADELA

¿Pensarás que he cometido alguna mala acción?

CARLOTA (*Con pasión*)

¡Sospechar yo eso de mi niña, de mi ángel! Mira, cariño: si te viera yo misma cometer pecado, diría que aquello era una nueva forma de virtud que yo no conocía.

ADELA

No seas tonta ni exagerada: creo que nada malo he hecho; pero me he arriesgado a una cosa tan gorda, que tú misma me reñirías, y si lo supiera papá, no me lo perdonaría nunca.

CARLOTA

En ese caso, olvídalo tú misma.

SOFÍA (*Desde dentro*)

¡Carlota!

CARLOTA

Mamá viene: vamos, niña, vamos. (*Vanse.*)

SOFÍA

No sé por qué, turban mi espíritu inquietudes abrumadoras. Aunque me siento mortificada por la reservada conducta de mi hija, nada puedo recelar de ella, pues parece que Dios se ha complacido en acumular en su alma sus más bellos dones; pero me alarma, me atemoriza la actitud provocativa y amenazadora de los obreros despedidos por mi marido.

La más horrible miseria invade sus hogares; el deseo de venganza se enseñorea de sus corazones, y todo hay que temerlo del que lucha en defensa de su vida, de esas madres infelices que sienten en la carne de sus hijos las mordeduras del hambre.

(De tanto en tanto, se han estado oyendo voces tumultuosas como de amotinados.)

¡Dios mío! Esas voces me asustan; las turbas enloquecen, y mil temores me asaltan...

CARLOTA (*Muy alarmada.*)

¡Señora! ¿Oye usted? Se dice que han entrado en dos fábricas y que hay varios heridos...

SOFÍA

Es lo que yo me temía. Ya es mucho las grandes pérdidas que nos representa tan larga parada; pero eso es insignificante en relación con las complicaciones que pueden sobrevenir. ¿Y Adela?

CARLOTA

Se ha acostado, según dispuso la señora.

SOFÍA

¿Está tranquila?

CARLOTA (*Maliciosamente.*)

Yo pienso que más que la señora.

SOFÍA

Tal vez será verdad: a su edad no se puede comprender la trascendencia de estas perturbaciones. (*Oyense voces que en las habitaciones interiores disputan.*)

¿Eh? ¿Qué sucede ahí fuera? Ves a enterarte de lo que es, y queda al lado de la niña por si necesitare alguna cosa. (*Vase Carlota.*)

Quisiera tenerla a mi lado por lo que pueda suceder; pero no debo levantarle un castigo que tiene muy merecido. Ignoro cuál será su falta; pero los misterios y falsedades que usa conmigo, es cosa que no puedo consentir.

DIONISIA (*Entra violentamente, sofocada y jadeante.*)

Mucho he tenido que luchar, pues no querían que pasara; pero necesito ver a la señorita.

SOFÍA (*Muy secamente.*)

La señorita no está. Lo que tengas que decirle a ella, puedes decírmelo a mí. ¿Vienes acaso a contarle hazañas de tus compañeros?

DIONISIA (*Con dignidad.*)

No, señora: no es a eso a lo que vengo; pero es a la señorita a quien he de decírselo. Así me lo recomendó mi marido.

SOFÍA (*Sorprendida.*)

¡Tu marido! ¡el provocador de este conflicto! ¡el más exaltado de todos los obreros! ¡el que juró vengarse en mi marido por un acto de justicia...!

DIONISIA (*Impaciente.*)

Señora, déjeme ver a la señorita, que tengo que hablarle.

SOFÍA (*Enérgicamente.*)

He dicho que no puede venir: aquí estoy yo.

CARLOTA (Deteniéndose en el dintel de una puerta. Ha de estar frente a Dionisia y detrás de Sofía, y hace señas a Dionisia, significando que espere.)

DIONISIA

Mire, señora, que es urgente y muy importante lo que tengo que decirle...

(Carlota exagera las señas, dando a entender que ella la avisará.)

SOFÍA

Si a ella le interesa, a mí, como madre suya, debe interesarme más.

DIONISIA

Pero yo no puedo decirlo a nadie más que a ella.

SOFÍA (*Con desabrimiento.*)

Entonces, siento decirte que has hecho el viaje en balde.

(Carlota detiene con señas a Dionisia y se aleja.)

DIONISIA

Señora, vengo a cumplir un deber y a pagar una deuda. Si usted se opone, lo sentiré mucho; pero mi conciencia estará tranquila.

SOFÍA (*Recelosa.*)

(*Ap.*) ¿Qué significará todo esto?

CARLOTA (*Entra y en seguida, Adela.*)

Señora, aquí tiene usted a la niña que ya se encuentra perfectamente bien.

SOFÍA (*Con altanería.*)

¿Quién la ha autorizado?...

CARLOTA (*Con ingenua malicia.*)

¡Como siempre, se ha fiado usted de mí!...

DIONISIA (*Interrumpiendo.*)

Señorita, no hay tiempo que perder; mi marido me encarga avise a usted que, obligado a capitanear un grupo de huelguistas, se ve comprometido contra su voluntad a asaltar la fábrica de su padre y a destruir lo que puedan, y que lo pone en su conocimiento para que puedan tomar precauciones.

SOFÍA

¿Y qué tiene que ver mi hija en este asunto?

DIONISIA

Su hija es un ángel que pone a salvo los intereses y tal vez la vida de sus padres.

CARLOTA (*Con entusiasmo.*)

Sí, señora, sí: un ángel; eso lo sabemos todos menos usted.

SOFÍA (*Indignada.*)

Ya me encocoran tantos misterios y tantas cosas que no entiendo.

DIONISIA

Señora, hace diez meses que mi marido fué despedido por su esposo, de la fábrica, y como no han dado buenas referencias de su conducta...

SOFÍA (*Bruscamente.*)

No las merecía.

DIONISIA

Pero mis inocentes hijos carecían hasta de pan, y se hubieran muerto de hambre, si la señorita no hubiera ido a socorrernos con sus ahorros, con sus ropas y hasta con sus meriendas.

SOFÍA (*Conmovida.*)

¿Mi hija ha hecho eso?

CARLOTA (*Hace toda clase de pantomimas para manifestar su entusiasmo.*)

Si ya lo decía yo...

DIONISIA

Ella, señora; ella iba a mi casa ocultándose de todos para llevar a mis hijitos el alimento de que se privaba.

SOFÍA (*Ap.*)

¡Santa hija mía! Ésa es la culpa que yo he castigado.

CARLOTA (*Presentándole a Adela.*)

Aquí la tiene usted, señora: castíguela, mándela a la cama, y déle jaropes y porquerías...

ADELA (*Muy avergonzada.*)

Dionisia, me prometiste no descubrir mi secreto...

DIONISIA

Señorita, no han sido mis labios, sino el grito de un corazón agradecido el que lo ha revelado.

ADELA

Perdóname, mamá...

CARLOTA (*Vivamente.*)

Pues no faltaba más. Mira, niña mía: si no fuera porque es tu mamá, debía ella pedirte perdón a ti.

ADELA (*Poniendo una mano sobre su boca.*)

Calla, majadera.

SOFÍA (*Abrazando a Adela.*)

Hija del alma, tu angelical bondad libra nuestra casa de la ruina...

CARLOTA

Ésa, ésa es la niña que yo crié. ¡Benditos sean los pechos que la alimentaron!

ADELA (*Confusa.*)

¡Callad por favor: me estáis avergonzando!

SOFÍA (*Muy afectuosamente.*)

A ti, Dionisia, yo te daré la recompensa.

DIONISIA

Señora, ya cobré mi trabajo por adelantado y en buena moneda, que es oro de ley la dádiva prodigada por la sublime caridad de una niña.

TELÓN RÁPIDO

LA JAULA DEL PÁJARO

PERSONAJES

LORENZO, MIGUEL, LUIS, EVARISTO

Despacho bien amueblado de un médico. Lorenzo está en su mesa; cerca de él, Luis. Miguel entra en escena cuando ésta lo indica

LORENZO

No hay que tener aprensión, amigo: yo le prescribiré a usted un régimen que, observado fielmente, confío en su pronta y radical curación.

LUIS

Así lo haré, y su confianza me anima.

MIGUEL (*Dentro.*)

No, siñor; conmigo no hay cumplidos; yo soy de casa, y así, de rondón, me cuelo por aquí. (*Entrando con un gran cesto en la mano y vestido de baturro.*) ¡Lorenzo! ¡querido Lorenzo! (*Abrazándole con efusión.*) ¿Qué te paice eso de no dejarme entrar?

LORENZO

No te enfades, hombre: el criado tiene orden de no dejar entrar a nadie mientras que esté aquí alguna persona.

MIGUEL

¡Otra! ¿Pues no son personas toas las que entran? Ea, sigue con tus asuntos mientras yo me tumbo aquí un ratico. (*Dejándose caer en un sillón.*) Vengo estrozao.

LORENZO (*Disponiéndose a escribir una receta.*)

Haré por terminar pronto, porque no me fastidie este majadero. (*Da la receta a Luis, y le habla en voz baja.*)

MIGUEL (*Mirando los muebles, cuadros, etc.*)

¡Rediez! Que a lo grande vive Lorenzo; está hecho too un siñor!

LUIS

¿Conque, una cucharada antes de cada comida?

MIGUEL (*Vivamente.*)

¡Ah! ¿Es un enfermo? (*Dándole en el hombro una palmada.*) Entonces no se apure usted, hombre: aunque esté más defunto que mi agüelo, venga a buscar a Lorenzo, que hace más milagros que el Santo Cristo de mi pueblo, y si toma la medecina que él li mande, resucita antes de los tres días.

LORENZO

Calla, hombre, no digas tonterías.

MIGUEL

Tonterías ¿eh? Créame usted, siñor: mi chico tenía una calentura con prencipios de fiebre que se moría a chorros; por suerte Lorenzo había ido al pueblo a vender unos huertos y un molino, porque estas cosas (*Mirando a la habitación.*) cuestan muchos dineros, y el probe no anda muy bien de cuartos...

LORENZO (*Ap.*)

Este condenado me está comprometiendo... (*En voz alta, queriendo variar la conversación.*) ¿Y qué me traes ahí? Porque supongo que será algún obsequio de tu huerto...

MIGUEL

¡Pues no faltaba más! No era cosa que me viniera con las manos vacías.

Ogaño tenemos tanta fruta, que, por no saber qué hacer con ella, se la damos a las bestias. Y dije, digo...: pues le llevaremos unas miajas de cada cosa a Lorenzo, y él lo aprovechará.

LORENZO (*Riendo.*)

Bien, hombre, bien: agradezco mucho tu regalo.

LUIS

Adiós, doctor: volveré cuando se acabe la medicina.

MIGUEL

¿Pero qué está usté iciendo? Ya va usté curao. Si paice mentira que este hombre (*Por Lorenzo.*) sepa tanto siendo de mi pueblo, onde toos son unos burros; toos menos yo y él.

(*Se despide Luis, y Lorenzo sale acompañándolo.*)

¡Vaya, vaya con Lorenzo! La lástima es que poco a poco vaya vendiendo toa la hacienda qui heredó de su padre, que era el más rico del lugar; pero ya se sabe: cuando se van a la ciudá, toos quien ser señorones...; pero tó vendrá con el tiempo; entoavía es joven; prencipia ahora, y es pronto pa que el mundo si haya enterao de lo que vale... (*Acercándose a la mesa.*) ¡Vaya una cajica maja de cigarros! Me voy a fumar uno a su salú. (*Lo enciende, y se sienta tranquilamente a fumar.*)

LORENZO

Ya estamos solos. Y a propósito!... quisiera decirte... (*Algo perplejo.*)

MIGUEL

Echa, echa: paice que ti cuesta algún trebajillo.

LORENZO

Pues, que aunque me alegran tus visitas... quisiera que no vinieras a verme sin avisarme, ni que entraras aquí cuando no esté yo solo... y menos todavía...

MIGUEL

¿Entoavía hay más?

LORENZO

Sí, y esto es lo que más me ha disgustado...: ¿qué les importa a mis clientes si me veo en la necesidad de vender mi hacienda? ¿No ves que eso es un desprestigio para mí?

MIGUEL

Mía tú; yo no entiendo esas ritóricas con que me vienes. Ya sabes que en el pueblo se le llama al pan, pan, y al vino, vino; que allí hay gente probe como en toas partes; pero no hay tapujos ni engañifas; que el que no tiene y le hace falta, lo pide prestao, y el que lo tiene lo da... o lo niega; pero no se gastan bambollas pa engañar a naide...

LORENZO (*En tono agrio.*)

¿Y es a eso a lo que vienes? Si yo vendo lo que me pertenece y compro lo que se me antoja, ¿qué te importa a ti ni a nadie?

MIGUEL

Sí que me importa: yo he tenío siempre en arriendo terrenos de tu padre, que nunca me apremió pa pagale las rentas si el año fué malo; estoy encariñao con too lo que fué suyo; a ti te he tenío siempre mucha ley, másime denque me curaste al chico, y si no te salen muchos enfermos ricos, de esos que pagan un ojo de la cara ca vez que se enferman, tendrás que irte al hospital pa que te curen de gratis el día que estés malico.

LORENZO (*Ap.*)

Es un buen hombre, y hay que dispensarle; su corteza es ruda, en apariencia un salvaje; pero es oro de ley su corazón. (*A Miguel afectuosamente.*) Bien, Miguel: yo te agradezco tu interés; pero tienes que comprender que aquí no es como en el pueblo: hay que hacer sacrificios para vivir como viven los demás; hay que proceder con reserva, y esperar a estar en familia para hablar con libertad.

MIGUEL

Hombre, no es pa tanto: dimpués de too, me paice que no he cometío denguna incomenencia...

LORENZO (*Ap. oyendo el timbre que anuncia un visitante.*)

No tengo más remedio que alejarlo de aquí. Temo su charla inoportuna e imprudente. (*Alto.*) Miguel, te agradecería... anda, vete a dar una vuelta por la casa...

MIGUEL

¡Rediez! ¿Qué haré yo solo por ahí? ¡Si siquiera tuvieras mujer!...

LORENZO (*Ap.*)

No estarías tú con ella, gaznápiro. (*Alto.*) Anda, ves a la cocina, y que te obsequien con algo de lo que haya por allí y una botella de vino.

MIGUEL (*Con pesar.*)

Ya lo veo, te estorbo; te avergüenzas de mí porque no visto a lo siñor, ni tengo palique fino, ni sé hacer ciremonias...

LORENZO (*Impaciente.*)

¡Por Dios..., Miguel!

MIGUEL (*Sin escucharle.*)

Pero sé sufrir guantás y romperle la jeta, al que quiere buscar camorra a mis amigos...

LORENZO

Pero Miguel: oye y sé razonable. Yo recuerdo todo eso, nada he olvidado; sé que te debo muchos favores; pero ahora no es ocasión: ya hablaremos después de esas y otras muchas cosas.

MIGUEL

Me iré pa date gusto; pero espera que coja otro cigarrico de esos...; en el pueblo no son tan asina... y me cuestan las perras. (*Sale al tiempo que entra Evaristo.*)

(*Ap.*) Este será otro enfermo. No, pues yo no me quedo sin saber qué entestino se li ha roto. (*Se esconde tras el portier.*)

LORENZO (*Ap.*)

¡Vaya una visita intempestiva!

EVARISTO (*Saludando.*)

¡Doctor!...

LORENZO (*Con afectada amabilidad.*)

Tanto gusto, amigo mío. (*Ap.*) ¡Lástima no me hubieras llamado para asistirte en un cólico miserere!

EVARISTO

Pues, nada, venía... porque, como no me ha contestado a mi *ultimatum* de hace unos días...

LORENZO

Amigo, el caso es grave: hay que tener un poquito de paciencia...

MIGUEL (*Ap. desde la puerta.*)

¡Éste, éste es de los buenos! Buenos manque estén malos; porque, como ice Lorenzo, es un caso grave, y hace cara de ricacho.

EVARISTO

No hay paciencia que valga: *velis nolis*, estoy resuelto a cortar por lo sano.

LORENZO

Pero, hombre: ¿no considera que me ponen sus exigencias en un aprieto?

MIGUEL (*Desde la puerta.*)

No seas cobarde Lorenzo; que si te andas con melindres, no harás fortuna.

EVARISTO (*Sorprendido.*)

¿Eh?

LORENZO (*Dirigiéndose furioso a Miguel.*)

Esto es ya demasiado, Miguel: me voy hartando de tus inconveniencias.

MIGUEL (*Entrando.*)

Porque m'intereso por ti ¡escastao!. ¿No te lo pide él? Pus cuértale too lo qui quiera... ¡y que lo pague!

EVARISTO

Creo que esto necesita una explicación...

LORENZO

Sin duda: es un rufián que ha venido del pueblo, y, con pretexto de amistad, viene a verme y a darme mil disgustos con sus impertinencias.

MIGUEL

Siñor, soy su amigo y amigo de su padre: ahora no, porque si ha muerto, y soy el encargao de buscale dineros cuando los nesecita...

LORENZO (*Exasperado.*)

Miguel, si no te vas ahora mismo, creo que acabaré por romperte la cabeza.

MIGUEL

¡Rediez! Eso no: ya sabes tú que de la primera puñá te queabas sin muelas; ya sabes que cualisquier cabayería me gana en enteligencia; pero en juerza, no.

LORENZO (*Dándole un empujón.*)

Vete de una vez, pedazo de animal.

EVARISTO (*Deteniéndole.*)

Espere un poco, buen hombre: yo vengo en uso del derecho que la ley me concede...

MIGUEL

Hable en lengua de cristianos, si quié que l'intienda.

LORENZO

Creo que venía usted a entenderse conmigo y con nadie más.

EVARISTO

Pero una frase de este hombre, tan rudo como franco, me ha puesto en antecedentes que ignoraba.

MIGUEL

En fin, ¿qué tengo qui hacer?: ¿d'irme o quedarme?

LORENZO (*Empujándole.*)

Te vas, cuanto antes mejor.

EVARISTO (*Deteniéndole.*)

No, sin hablar antes conmigo.

MIGUEL

Vaya un fregao en que me metís: yo no intiendo qué quié usté de mí; pus, anque soy amigo del albéitar de mi pueblo, nada he aprendío. Lorenzo curará su enfermedad.

EVARISTO (*Amostazado.*)

Yo no tengo enfermedad ninguna, ni necesito al médico, ni mucho menos al veterinario.

MIGUEL

¿Pues a quién, entonces?

EVARISTO

He venido a reclamar una cantidad prestada al señor hace ya tiempo, y aunque ha vencido, no puedo hacer efectiva.

MIGUEL (*Con gran extrañeza.*)

¡Ah! ¿Conque, a cobrar una cuenta? (*A Lorenzo.*) ¿Y por qué no lo icías?

LORENZO (*Con ira.*)

¿Por qué? Porque no tengo para qué darte cuenta de mis actos; porque obro según me conviene..., y porque... por última vez te digo en buena forma que te vuelvas al pueblo y me dejes en paz.

MIGUEL

¿Y naa más ties que decirme?

LORENZO

Creo que es bastante.

MIGUEL (*Muy resuelto.*)

Pues yo tengo que icirte que no me da la gana d'irme; que aquí m'incuentro a gusto por ahora, y que me quiero fumar otro cigarrico de éstos. (*Lo coge y tranquilamente lo enciende.*)

LORENZO (*Furioso.*)

Miguel, no me exasperes más de lo que lo estoy.

MIGUEL (*A Evaristo.*)

No li haga caso: ya li pasará la calentura. Amos a ver: ¿cuánto le debe a usté Lorenzo?

EVARISTO

13.000 pesetas: aquí está el pagaré que lo acredita.

MIGUEL (*Rechazando el papel.*)

No intiendo de letras: ¿es verdad, Lorenzo?

LORENZO (*Muy molesto.*)

Es verdad: 13.000 pesetas son las que le debo.

MIGUEL (*Sacando de entre la faja una cartera y algunos billetes.*)

(*A Evaristo.*) Tome usté, y váyase ahora: a mí no mi gustan trepisondas.

EVARISTO

Permítame que extienda el recibo... (*Escribe y le da el papel.*) Y ahora, doctor, a la disposición de usted si en algo puedo servirle.

LORENZO (*Avergonzado.*)

Sí, muchas gracias.

MIGUEL (*Vivamente.*)

Si otra vez nesecita de usté, antes estoy yo, siñor mío.

EVARISTO (*Saludando y zumbón.*)

Dispense usted, caballero. (*Despidiéndose.*) Señores, a sus órdenes.

MIGUEL (*Amostazado.*)

Creo que ese tío mi ha yamado cabayero... (*A Lorenzo, que se ha quedado mohino y cabizbajo.*) Adiós, Lorenzo: me vuelvo al pueblo, onde naide s'avergüenza de yamarme amigo y onde a la gente se l'aprecia por su conducta y no por su aparejo.

LORENZO (*Abrazándole avergonzado y conmovido.*)

Miguel, perdóname: no hay levita que encubra un corazón tan noble como el tuyo, ni alma de aristócrata capaz de mayor hidalguía. Perdóname y no te vayas.

MIGUEL

Eso no ¡rediez! Tamién los que no semos de letras tenemos nuestra dinidá: m'has ofendío; pero yo disprecio las pesetas, que envenenan el corazón de los hombres de bien y trestornan su cabeza. Tu padre, el siñor más cabal que ha venío al mundo, hizo muchos favores al mío, y a mí dimpués; mi chico te debe la vida tanto como a mí...; estas cosas s'agradecen... y se pagan como se puede.

LORENZO

Yo también siento vergüenza; pero vergüenza de mí mismo...

MIGUEL

Mejor, asina veo que eres hombre honrao. Conque, de lejos, tan amigos como siempre; si otra vez nesecitas a ese hombre, ya sabes lo que t'he dicho: antes soy yo.

LORENZO (*Suplicante.*)

Miguel, estás en tu casa: manda en ella y dispón de mí. No te vayas.

MIGUEL (*Resuelto.*)

Me voy ahora mesmo, y si m'apuras, entoavía hi d'agradecerte una cosa más. (*Extrañeza de Lorenzo.*) Sí, m'has enseñao una cosa que yo no sabía: según es el pájaro, asina debe ser la jaula: yo no he nacío pa jaula dorada.

EL COLLAR DE PERLAS

(Juguete serio)

Personajes

REGINA, DOÑA TERESA, JUAN, DON BENITO

La escena representa un saloncito

JUAN y REGINA

JUAN

Ya sabía que eras tú
la que había descubierto
mis... vamos: mis travesuras...

REGINA

Sí, lo sé desde hace tiempo.
A mi madrina, tu madre,
tengo cariño y respeto,
y por ella y por su casa
vivamente me intereso.

JUAN

Y a mí me aborreces, ¿eh?

REGINA

Aborrecerte... no puedo;
pero, ¿no me ha de indignar
que, juzgándote modelo
de buenos hijos, la prives
de sus más ricos objetos?
Mas esto no puede ser;
seguir callando no debo;
que mi conciencia me arguye
y es criminal mi silencio.

JUAN

No hablarás; la quieres mucho
y sabes que son veneno
para ella los disgustos:
conque, modera tu celo
si su salud te interesa.

REGINA

¡En qué conflicto me veo!

JUAN

No, Regina: tú exageras.
Dime qué mal hay en esto
si no sufre con su engaño.
Mi madre ve con desprecio
las galas y vanidades...

REGINA

Pero estima los recuerdos.

JUAN

Otros muchos guarda ella
que valen menos dinero.

REGINA

¿Y crees que eso autoriza
tus raterías?

JUAN

Convengo
en que más lícito fuera
tener su consentimiento;
mas si le pido permiso,
me lo niega; esto es un hecho,
sin comprender que a mis años
hacer su vida no puedo.

A ella le basta su iglesia,
su modesto traje negro;
mas yo vivo en sociedad;
voy al teatro... al paseo...;
necesito divertirme...
y lo logro como puedo.

REGINA

En fin, Juan, dame esas perlas:
hazme ese favor.

JUAN

No quiero.

REGINA

Mira que soy responsable
porque yo las guardo.

JUAN

Apuesto
a que nunca te habla de ellas.

REGINA

Es verdad; mas no por eso
es menor el pesar mío.
Dámelas, Juan, te lo ruego.

JUAN

Es un grave compromiso:
créeme, Regina, no puedo,
porque va en ello mi nombre.

REGINA

Bien lo mancilla tu artero
e innoble proceder.

JUAN
(Irritado.)

Vaya,
basta ya de sermoneo:
queda con Dios.

(Vase.)

REGINA

Él se digne
salir piadoso a tu encuentro.

REGINA, DOÑA TERESA, modestamente vestida de negro

DOÑA TERESA

Y Juan ¿ya se fué?

REGINA

Acaba
ahora de salir de aquí.

DOÑA TERESA

Fué a despedirse de mí;
mas oí que contigo hablaba.

REGINA

Sí, se entretuvo un momento
charlando, y el tiempo pasa...

DOÑA TERESA

Él es de mi pobre casa
el apoyo y el contento.
Mi viudez y mi tristeza
alegran con su cariño,
que hay en él candor de niño
y de un hombre la entereza.

REGINA
(Aparte.)

Sostengamos de su vida
esta mentira piadosa:
más que verdad dolorosa
vale ventura fingida.

DOÑA TERESA

Tú también plácida calma
procuras a mi existencia;
también tu dulce presencia
paz y calor da a mi alma.

Con gozo bendigo el día
en que a mi casa viniste,
y a su recuerdo se viste
mi corazón de alegría.
Mi tierna solicitud
bien tu cariño compensa...

REGINA

Más eficaz, más intensa
(Con gran vehemencia.)
quisiera mi gratitud.

DOÑA TERESA

¿Todavía más?

REGINA

Sí, madrina,
pues que mi amor y mi celo
no paga vuestro desvelo,
mi pensamiento imagina.

DOÑA TERESA
(Con mucho cariño.)

Calla, niña; no adivino
que hacer ya más se pudiera.

REGINA

Que os amara, yo quisiera,
todo el mundo.

DOÑA TERESA
(Sonriendo.)

¡Desatino!
Con el amor de mi Juan
y con el tuyo me avengo;
más ilusiones no tengo,
y ellas bastan a mi afán.
(Pausa.)
Mas a otra cosa he venido
que de decirte olvidé.

Hoy hace que me casé
veinte años, y he tenido
un capricho extravagante...:
ver las joyas desearía
que hace ya tiempo, hija mía,
lucí feliz y arrogante.

REGINA

(Con gran espanto, aparte)

¡Santo Dios! ¡Qué es lo que oí!,
Mi corazón se acongoja
y mi cara se sonroja...

DOÑA TERESA

Te extraña ¿no es cierto?

REGINA

(Turbadísima.)

Sí...
me sorprende su deseo...
¡Ver joyas entre sus manos!...

DOÑA TERESA

Enfermos, niños y ancianos
son iguales, según creo.
Tráelas, hija: mi tesoro
y la fecha de este día
refresquen la mente mía
con los recuerdos que adoro.

(Vase Regina.)

DOÑA TERESA

Años hace que al altar
llevé mi collar de perlas,
y al pensar que voy a verlas
me conmuevo a mi pesar.
Estos recuerdos queridos
ecos son de mi salud,
de mi dicha y juventud,
bienes para mí perdidos.

DOÑA TERESA, REGINA, que entra dando muestras de gran sobresalto

REGINA

Madrina, perdone usted
mi descuido y negligencia...;
mas le confieso en conciencia
que de la llave no sé.

DOÑA TERESA
(Con gran sorpresa.)

¿La habrás perdido, Regina?
Descuido fuera muy grave.

REGINA

Mi pesar, usted no sabe
a dónde llega, madrina:
que yo en las joyas no viera
hermosura ni valor,
si no supiera el amor
que usted en ellas pusiera.

DOÑA TERESA

Veré si con más ventura
lograra encontrarla yo.

REGINA

Puede ser...
Pero, si no,
romperé la cerradura.

(Vase Doña Teresa y a poco Regina.)

JUAN

Nunca había realizado
negocio como el de hoy;
pero confieso que estoy
medroso y acobardado.
De mi madre engañaré
la bondadosa inocencia;
pero mi propia conciencia
jamás engañar podré.

Su voz amenazadora
del alma sale potente,
y ella ensombrece mi frente
y mis placeres devora...;
mas calma, desventurado;
tu febril exaltación,
domina; tu turbación
no te venda...

(Doña Teresa desde dentro, dando un gran grito.)

DOÑA TERESA

¡¡Me han robado!!

JUAN

(Muy alarmado.)

¡Eh! ¿qué dice?

El mismo, DOÑA TERESA entrando muy exaltada y llorosa

DOÑA TERESA

En este día,
¡qué golpe la suerte impía
me tenía preparado!

JUAN

¿Qué sucede?

DOÑA TERESA

No adivina
tal hecho tu alma leal:
una mano criminal
que me ha robado. ¡Regina!

(Llamando.)

Los mismos, REGINA

DOÑA TERESA

(A Regina.)

Mis joyas, mi solo bien,
me han quitado.

JUAN

Mas ten calma...

DOÑA TERESA

¡Imposible, hijo del alma!;
¿pero, a quién culpar? ¿a quién?

REGINA

¡Madrina!

(Con pena y cariño.)

DOÑA TERESA

¿Qué mano aleve
pudo tal profanación
cometer? ¿Tan vil acción
quién a realizar se atreve?

(Muy nerviosa.)

Si nadie viene a mi casa
y no salgo nunca, ¿en dónde
el vil malhechor se esconde?
Mi alma en la duda se abrasa
Ayudadme a descifrar
este misterio terrible...

JUAN

Así... de pronto... ¡imposible!:
hemos de reflexionar...

DOÑA TERESA

(A Regina, que está visiblemente preocupada.

Si a tu celo y tu cuidado
las alhajas confié,
¿qué has hecho de ellas?

REGINA

(Sin levantar la cabeza.)

No sé
que contestarle...; turbado
e inquieto mi corazón
se sobresalta y contrista...

JUAN

(Suplicante.)

¡Mamá!...

DOÑA TERESA

Forzoso es que insista.

(Aparte a Juan.)

¿No observas su turbación?

JUAN

(Que desea encontrar ocasión de alejarse.)

Voy allá, por si pudiera
algún detalle adquirir
que permita descubrir...

DOÑA TERESA

Ves, hijo, ves. Dios lo quiera.

DOÑA TERESA, REGINA

DOÑA TERESA

Ven a mi lado, Regina;
pero altiva y arrogante,
que medrosa y vacilante
sólo la maldad se inclina.
Refleje de tu mirar
la apacible y dulce calma,
la inocencia de tu alma...

REGINA

(Irguiéndose enérgica.)

No el miedo me hace temblar
ni su mirada rehuso.
Si Dios negó a mi existencia
otro bien, en mi conciencia
con mano pródiga puso
tranquilidad inefable
que nadie ni nada altera...

DOÑA TERESA

(Aparte.)

Es su confesión sincera:
no es ella, no, la culpable.

Perdona, Regina mía,
la ofensa que te inferí.
¿Cómo sospechar en ti
semejante felonía?
Me perdonas ¿no es verdad?

REGINA

¡Pero si no me ha agraviado!...
La impresión la ha trastornado.

DOÑA TERESA

¡Cuánta es, hija, tu bondad!
(Después de reflexionar un momento.)
¿Será posible que Ana...
El mal puede en un momento
herir nuestro pensamiento...

REGINA

No puede ser ¡pobre anciana!

DOÑA TERESA

Pero me pidió dinero
para evitar un embargo
a sus hijos, y este cargo
la compromete.

REGINA

No quiero
sospechar de su honradez.

DOÑA TERESA

La interrogaré y veremos
lo que dice.

(Vase.

REGINA
(Aparte.)

Que tendremos
todos que llorar tal vez.

(Regina se sienta en actitud de abatimiento y preocupación. A poco, entra Juan.)

JUAN

Nunca creí que el diablo
pudiera hacer tal enredo
de mis asuntos, Regina.

REGINA

Era fácil preveerlo;
si con Lucifer los tramas,
¿quién ha de mediar en ellos?

JUAN
(Cínicamente.)

Pensé como a camarada
siempre en mi favor tenerlo;
mas... me la jugó de puño,
que el muy tuno, a lo que veo,
es malo como enemigo...,
y como amigo... no es bueno.

REGINA

¿Qué piensas hacer?

JUAN

¿Yo? nada:
esperar a ver qué aspecto
va tomando la cuestión.

REGINA

Malo ha de ser.

JUAN

Ya veremos.

REGINA

Pero, ¿no siente tu alma
dolor ni remordimiento?

JUAN
(Con mal humor.)

Lo que siento... no lo sé,
ni en saberlo tengo empeño.

Los mismos, DON BENITO, con uniforme de comandante del ejército

DON BENITO

Muchachos, muy buenos días.

JUAN

(Con indiferencia.)

¡Hola, tío!

DON BENITO

Buenas piezas,
¿qué os sucede? ¿estáis de monos?

JUAN

No son monos: ¡buena fiesta
se ha armado en casa!

DON BENITO

¿Qué es ello?

JUAN

Mi pobre madre lamenta
el robo de sus alhajas.

DON BENITO

¿No es broma?

JUAN

¡Ojalá lo fuera!

DON BENITO

(Pensativo.)

Es muy raro. Anda, hija mía:
dile a mi hermana que venga.

DON BENITO y JUAN

DON BENITO

(Mirando muy maliciosamente a su sobrino.)

Y tú ¿qué dices a esto?
O por lo menos, ¿qué piensas?

JUAN

(Algo desconcertado.)

Veo, tío, tal misterio
que no sé formar idea.

DON BENITO

¡Misterio! Pues me propongo
encontrar pronto la pieza
y darle caza.

JUAN

(Aparte.)

Y lo hará
lo mismito que lo piensa,
que de terco y de importuno
siempre la palma se lleva.

Los mismos, DOÑA TERESA

DON BENITO

Hermana, muy abatido
está tu rostro.

DOÑA TERESA

¿Ya sabes?...

DON BENITO

Conozco los hechos graves
que en tu casa han sucedido.
Es forzoso descubrir
al autor de tal hazaña:

(Mirando maliciosamente a Juan.)

y, o mi vanidad me engaña,
o lo he de conseguir
muy pronto.

JUAN

Por un momento
me iré yo, si necesario
no me creéis.

DON BENITO
(Con mucha energía.)

Al contrario:
tú quedas aquí.

JUAN
(Aparte.)

Lo siento,
pues mi papel es bien triste.

DOÑA TERESA

Hijo mío, has de ayudar
a tu tío.

JUAN
(Aparte.)

Y procurar
que me fastidie.

DON BENITO

¿No viste
cosa alguna que excitara
tus sospechas o recelos?

DOÑA TERESA

¡Nunca! ¡jamás!

DON BENITO
(Aparte.)

Sí, en los cielos
y entre santos se juzgara.

DOÑA TERESA

Pero es Ana, con certeza,
la autora, y de mi servicio
la he despedido.

DON BENITO

Es gran vicio
proceder con ligereza.
¿Me otorgas tu confianza?

DOÑA TERESA

Plena y absoluta, hermano.

DON BENITO

Pues el asunto en mi mano
deja.

JUAN

(Aparte.)

¡Bonita esperanza!

DON BENITO

Una condición exijo
que es del todo indispensable:

(Con energía.)

el castigo del culpable.

DOÑA TERESA

(Con decisión y entereza.)

Aunque éste fuera mi hijo,
te lo juro, y aun jurara
que al dolor y al llanto ajena,
forjaría la cadena
que sus manos sujetara.

DON BENITO

¿Y tus nervios e histerismo?

DOÑA TERESA

—Los curó mi indignación:
hoy obedezco a la acción
del más brutal egoísmo.

DON BENITO

¡Bravo! Tu conducta abona
el éxito de mi empresa;
no quiero verte, Teresa,
ni cobarde ni llorona,
sino enérgica y valiente,
que no es digna hermana mía
la que pasa noche y día
sollozando inútilmente.

DOÑA TERESA

No temas, cumplir sabré
la palabra que te di.

DON BENITO
(A Juan.)

Vamos, pues.

JUAN
(Aparte.)

¡Pobre de mí!

DON BENITO

Pronto de vuelta estaré.

DOÑA TERESA

Adiós, hermano.

(Vanse los dos.)

Me obligo
a proceder con rigor.
Dios conserve mi valor
y dé al culpable el castigo.

DOÑA TERESA, REGINA, sumamente triste y abatida

REGINA

A aligerar vengo aquí
el peso de mi conciencia:
que no pague la inocencia
culpa que yo cometí.
El triste llanto de Ana
mi alma y ser ha conmovido.
Castigo para mí pido
y perdón para la anciana.
El rubor mi frente inclina
y hace mi voz balbuciente...
No sé lo que el alma siente
ni lo que digo, madrina.

DOÑA TERESA
(Alarmada.)

Pero ¡hija!

REGINA

(Muy excitada.)

Es sentimiento
que yo no acierto a explicar;
lloro sin querer llorar,
y me gozo en mi tormento.

DOÑA TERESA

¿Estás loca?

REGINA

Mejor fuera,
porque a veces la razón
nos tortura el corazón
con saña terrible y fiera.

DOÑA TERESA

Esto que afirmas no creo...
Te has trastornado, Regina.

REGINA

A usted la engañan, madrina,
su bondad y buen deseo.
De ello abusé; no merezco
su afecto ni su perdón,
y a aceptar su decisión
resueltamente me ofrezco.
Designe a mi triste vida
el rumbo que a usted le cuadre...

DOÑA TERESA

Fuiste con ansia de madre
por mí cuidada y querida.
¿Qué extravío criminal
pudo trastornar tu mente?
Alza, hija mía, la frente;
dime que un sueño fatal
obscurece mi razón
y tu conducta mancilla;
que siniestra pesadilla
nos domina...

REGINA

(Muy conmovida.)

¡Compasión
tenga usted de mi sufrir!
Mas... ¿qué digo? Mi vileza
no merece tal nobleza.

DOÑA TERESA

Mi hermano ha de decidir
cuando conozca los hechos,
con arreglo a su conciencia,
cuestión de tal trascendencia
pues a él cedí mis derechos.

(Vase Regina sollozando.)

(Doña Teresa queda en actitud reflexiva; a poco entra don Benito.)

DON BENITO

¡Albricias! hermana mía!
El éxito ha coronado
el trabajo realizado.

DOÑA TERESA

No hay ya para mí alegría.

DON BENITO

No empecemos con lamentos...
Aquí estoy, como buen juez,
a exigirte que esta vez
realices tus juramentos.

DOÑA TERESA

(Con mucho desaliento.)

Si la marcha y dirección
en este asunto has llevado,
sigue hasta haber terminado
por completo la cuestión.

DON BENITO

A tus órdenes me atengo,
y pues conozco al culpable,
con él seré inexorable,
que mi decisión ya tengo.

DOÑA TERESA

¿Qué vas a hacer?

DON BENITO

Con rigor
le impondré eficaz castigo;
pero castigo de amigo,
que limpia y que da esplendor.

DOÑA TERESA
(Con disgusto.)

Deja la broma.

DON BENITO

El cuartel
como el fuego purifica,
y la guerra dignifica...;
pues a la guerra con él.

DOÑA TERESA
(Muy sorprendida.)

¿Con el ladrón?

DON BENITO

Natural.

DOÑA TERESA

¿Qué disparates exiges?

DON BENITO

Pues a la cárcel: ¿qué eliges?

DOÑA TERESA

Lo posible y racional.

DON BENITO

Entre un lugar de abyección
y el que da honra y provecho,
entiendo que de derecho
está hecha la elección.
En breve marcho a la guerra,
y a la guerra irá conmigo,
(Muy enérgico.)
que no admito otro castigo.

DOÑA TERESA

No sé que misterio encierra
todo lo que estás diciendo:
¿a la guerra ha de ir Regina?

DON BENITO

(Sorprendido y riéndose.)

¡Esta mujer desatina!
Yo sí que no te comprendo:
¿quién de Regina habla aquí?

DOÑA TERESA

Pues si ella la autora ha sido
de todo lo sucedido,
según de ella misma oí...

DON BENITO

(Con gran admiración.)

¿Regina te ha dicho eso?

DOÑA TERESA

Convicta y confesa está.

DON BENITO

(Con cómica gravedad.)

Llámala, que venga acá
para instruir el proceso.

DON BENITO, en seguida REGINA y DOÑA TERESA

DON BENITO

¿Qué significa este enredo?
¿Qué es lo que pudo decir?
(Al verla entrar.)
Ven, Regina, a referir
lo que tú sepas.

REGINA
(Muy triste.)

No puedo
decir nada más, señor.
La vergüenza de mi crimen
y mis pesares, me oprimen;
me causan mortal dolor.
Abandonadme a mi mal,
y perdonad mi locura.

DOÑA TERESA

¡Qué extraño caso!

DON BENITO
(Aparte, mirándola con admiración.)

¡Oh criatura
de virtud angelical!
(Con mucha compasión.)
No la acongojes, Teresa,
que ya determinaremos.
Aquí está Juan: ahora hablemos,
que a todos nos interesa.

Dichos, JUAN

DON BENITO
(A Juan.)

Voy a contarte un suceso
inesperado. Regina
las joyas de su madrina
(Cambia miradas de inteligencia con Juan.)
sustrajo.

JUAN

(Acentuando la frase.)

¿Tú has hecho eso?

DON BENITO

(Con intención que sólo comprende Juan.

¿Qué te parece la acción?

DOÑA TERESA

Sé generoso, hijo mío.
Un momento de extravío
hace perder la razón;
pero el ser noble y leal,
hasta al más vil delincuente,
una vez que se arrepiente
ha de perdonar.

DON BENITO

(Enérgicamente.)

No tal;
invoco tu juramento,
que de él no te desligo.
A quien merezca castigo
hay que dárselo al momento.

DOÑA TERESA

(Aparte.)

¿Qué va a suceder aquí?

JUAN

Mi tío está en lo justo:
el que pecó por su gusto
que sufra la pena.

DON BENITO

(Muy resuelto.)

Sí,
señor.

JUAN

(Avanzando hacia su madre y muy conmovido.)

Tu perdón invoco,
que tan sublime heroísmo

(Señalando a Regina.)

hace mi vil egoísmo
más execrable.

DOÑA TERESA

(Sin comprender nada.)

¿Es que loco
se ha vuelto hoy todo el mundo?

JUAN

Ya es hora de que me explique
y que mi infamia publique
mi voz con dolor profundo.
Halagado por el vicio...

REGINA

(Con movimiento de terror, aparte a Juan.)

Juan, que la vas a matar.

JUAN

(A Regina.)

Me es imposible callar.

(Alto.)

Fuí rodando al precipicio
del crimen y la abyección.

(Exaltándose a medida que habla.)

Yo fuí el ladrón malvado,
el hijo vil que ha engañado
y herido tu corazón.

DOÑA TERESA

(Con gran espanto.)

¿Será cierto? ¡¡Dios bendito!!

JUAN

(Señalando a Regina.)

Y esta es la santa criatura
que por calmar tu amargura
echó sobre sí el delito.

DOÑA TERESA

(Sumamente emocionada y trémula abrazando a Regina.)

¡¡Regina!! Tu abnegación
arranca llanto a mis ojos;

(A Juan muy indignada.)

mas me hieren los abrojos
de tu satánica acción.

REGINA

Perdón pido para él.

JUAN

Perdón, sí, madre querida.

DON BENITO

(En tono festivo.)

Pero pronto... que en seguida
me lo llevo hacia el cuartel.
Hombre lo haré de provecho.

DOÑA TERESA

(Aparte.)

Tal separación me aterra.

DON BENITO

Cuando vuelva de la guerra,
ha de ostentar en su pecho
cruces sin fin, que acrediten
su valor y bizarría.

DOÑA TERESA

(A Regina.)

¡Que no se vaya, hija mía!...

DON BENITO

Es inútil que le inciten
a faltar al compromiso.
Allí le manda su honor;

(Con mucho retintín.)

mas... si le falta valor...

JUAN

(Con brío.)

No, por cierto; tu permiso,
madre mía, y tu perdón
con ansia vehemente pido.

DOÑA TERESA

(Con pasión.)

Mi perdón ¡hijo querido,
te doy con mi corazón!

JUAN

(A Regina que permanece llorosa.)

Adiós, ángel de bondad:
mi acción perdona y olvida.

REGINA

(Abrazándole.)

Proteja el cielo tu vida,
y te dé felicidad.

DOÑA TERESA

A ti, hermano, lo confío.

DON BENITO

Mejor estará a mi lado
que toda su vida ha estado.

DOÑA TERESA

(Emocionadísima.)

Dame otro abrazo, hijo mío.

JUAN

(Abrazándola con efusión.)

Otro y cien.

DON BENITO

Por mi castigo,
hombre honrado volverá.

DOÑA TERESA

Dios lo permita.

DON BENITO

Y será...
(Mirando maliciosamente a Regina.)
para casarse contigo.

Diciendo las últimas frases, coge del brazo a Juan y lo lleva a la puerta de salida. Doña Teresa y Regina los despiden en la puerta, y luego se abrazan las dos en silencio.

Cae el telón.

ÍNDICE

	Págs.
A los niños	3
Breves datos acerca del origen e historia del Teatro.	5
POESÍAS	
Flores para la Virgen	10
¡Sin flores!.	11
Conciencia tranquila	11
Remordimiento.	12
Eficacia del estudio	14
Amor a la Patria	15
Ingratitud	16
El explorador	17
MONÓLOGOS Y DIÁLOGOS	
El huerfanito	20
El viento, el agua y la vergüenza	22
Error comprendido	26
Desobediencia	30
Regalo de reyes	33
Filosofía infantil	35
Dos consejos	38
El cuento de la abuelita	41
Dos ángeles	45
Grave apuro	49
Felicitaciones para Pascuas de Navidad y otras fiestas.	54
COMEDIAS	
La misa del gallo	62
Un concurso	79
Madre y madrastra	87
Vida bohemia	103
Haz bien sin mirar a quién	122
La jaula del pájaro	133
El collar de perlas	143

Dalmáu Carles & Comp.ª – Editores

GERONA